

H. M. ENZENSBERGER

*El hundimiento
del Titanic*



ANAGRAMA
Otra vuelta de tuerca

Índice

Portada
Canto primero
Canto II
Apocalipsis. Escuela umbría, hacia 1490
Canto III
Declaración de pérdidas
Canto IV
Canto V
Canto VI
El iceberg
Canto VII
La Última Cena. Escuela veneciana, siglo XVI
Canto VIII
Canto IX
Razones de seguridad
Canto X
El aplazamiento
Canto XI
Canto XII
Canto XIV
Canto XV
Canto XVI
Canto XVII
Magro consuelo
Canto XVIII
Nuevos motivos por los que los poetas mienten
Canto XIX
Cablegramas del 15 de abril de 1912
Canto XX
Canto XXI
¡Mantengamos la calma!
Canto XXII
Modelo para una teoría del conocimiento

Canto XXIII

Estableciendo la identidad

Canto XXIV

El Rapto de Suleika. Escuela holandesa, fines del siglo XIX

Canto XXV

Instituto de investigaciones

Canto XXVI

Canto XXVII

Departamento de filosofía

Canto XXVIII

Canto XXIX

La Huida a Egipto. Escuela flamenca, 1521

Canto XXX

Canto XXXI

Canto XXXII

Canto XXXIII

Notas

Créditos

A Gaston

Canto primero

Hay alguien que escucha muy cerca de aquí,
espera, retiene el aliento.
Dice: Es mi voz la que habla.

Nunca más, dice él,
va a estar todo tan tranquilo,
tan seco y cálido como ahora.

Se escucha a sí mismo
en su cabeza burbujeante.
Dice: No hay nadie más

aquí. Ésta tiene que ser mi voz.
Espero, retengo el aliento,
escucho. El rumor distante

en mis oídos, antena
de carnes suaves, no significa nada.
Es tan sólo el latido

de la sangre en las venas.
He esperado mucho tiempo
con el aliento retenido.

Rumor blanco en los auriculares
de mi máquina del tiempo.
Sordo zumbido cósmico.

Ni un sonido, ninguna llamada de auxilio.
La radio permanece muda.
O éste es el fin,

me digo, o es que

ni siquiera hemos comenzado.
¡Aquí, sí! ¡Ahora!
Se oye un rasgido, un crujir, algo
que se desgarrar. Aquí está. Una uña helada
que araña la puerta y se queda quieta.

Algo cruje.
Un lienzo largo e interminable,
una inmaculada tela blanca

que se desgarrar, lentamente al principio
y luego más y más deprisa,
se rasga en dos pedazos con un silbido.

Esto es el principio.
¡Escuchad! ¿No lo oís?
¡Agarraos bien!

Y regresa el silencio.
Sólo se oye un sutil tintineo
en los aparadores,

el temblor del cristal,
más y más tenue
hasta desaparecer.

¿*Quieres* decir que
eso fue todo? Sí. Todo pasó.

Eso fue sólo el principio.
El principio del fin
es siempre discreto.

A bordo son ahora
las once cuarenta. Hay una grieta
de doscientos metros

en el casco de acero,
bajo la línea de flotación,
abierta por un cuchillo gigantesco.

El agua corre
hacia las escotillas.
Emergiendo treinta metros,

el iceberg pasa silencioso,
se desliza junto al barco resplandeciente,
y se pierde en la oscuridad.

Canto II

Fue muy ligero el golpe. Primer mensaje por radio:
*Hora 00:15. Mayday. Llamada general. Posición 41° 64' Norte
50° 14' Oeste.* ¡Realmente fabuloso, este Marconi!
Un tictac en la cabeza, en el auricular, inalámbrico,
y no obstante lejano, muy lejano, ¡a más de medio siglo!
Ni sirenas ni campanas de alarma, simplemente
unos golpes discretos contra la puerta de la cabina,
tosecillas en el salón de fumar. Sobre el puente D, mientras
abajo el agua sube, el *steward* ata los cordones de las botas
a un viejo caballero quejumbroso vinculado
a las máquinas herramienta y a la industria metalúrgica.
¡Damas mías, coraje! ¡Que no os consuma la fatiga!
¡Al galope!, exclama el señor McCawley, profesor de gimnasia,
atravesando el gimnasio artesonado,
impecable como siempre con su traje de franela.
Dromedarios mecánicos oscilan mudos y cadenciosos.
Nadie sospecha que este hombre infatigable padece de una úlcera de
[estómago,
que no sabe nadar, que tiene miedo. John Jacob Astor,
por su parte, hunde su lima de uñas en un salvavidas
para mostrar a su esposa (de soltera Connaught)
lo que contiene (probablemente corcho) mientras penetra
el agua a chorros en la bodega de proa y su helado turbión
gorgotea entre las sacas del correo, se filtra en los
pañoles. Los músicos, de uniforme immaculado,
interpretan *Wigl Wagl Wak My Monkey*,
un popurrí de «The Dollar Princess».
Todos al Metropol. La loca alegría del loco Berlín.
Solamente allá abajo, allá donde como siempre
se comprende primero,
agarran a toda prisa los bebés,
petates y edredones rojos. La chusma
del entrepuente no habla inglés ni alemán, pero hay algo

que no requiere explicación:
que a la primera clase le toca el primer turno
y que nunca hay botellas de leche suficientes,
ni zapatos ni botes salvavidas para todos.

Apocalipsis. Escuela umbría, hacia 1490

No es joven ya, suspira,
saca un gran lienzo, medita,
discute tenaz y largamente con el cliente,
un carmelita avaro llegado de los Abruzzos.
Prior o superior. Ya comienza el invierno.
Crujen las articulaciones de sus dedos, crujen las ramas
en la chimenea. Suspirando imprimirá el lienzo,
lo dejará secar, y lo imprimirá de nuevo,
bosqueja de prisa sus figuras
en cartoncitos, simples esbozos que destaca
con blanco de plomo.
Vacila, tritura los colores, los deja unas semanas.
Y un buen día, tal vez el miércoles de Ceniza
o el día de la Candelaria, al despuntar el alba,
moja el pincel en sombra calcinada:
hará un cuadro sombrío. ¿Por dónde comenzar
cuando se quiere pintar el fin del mundo?
Conflagraciones, islas a la deriva, relámpagos
y torres y almenas y pináculos cayendo con tanta lentitud.
Cuestiones técnicas, problemas de composición.
Destruir todo un mundo es difícil tarea.
Muy arduos de pintar son los sonidos, por ejemplo,
el de la cortina rasgada en el templo,
el mugir de las bestias, el trueno; pues todo
debe desgarrarse o ser desgarrado,
todo menos el lienzo. Y no puede haber dudas
sobre el plazo de entrega: a más tardar para Todos los Santos.
Es necesario que, al fondo, el mar impetuoso una y mil veces
sea matizado con verdes destellos espumosos,
atravesado por mástiles
y los barcos hundiéndose verticalmente, naufragios,
mientras afuera, en pleno mes de julio, ni un perro
cruzarla plaza polvorienta.

El pintor se ha quedado solo en la ciudad,
sin mujeres, sin discípulos ni sirvientes.
Parece fatigado, quién lo hubiera creído,
mortalmente fatigado. Todo es ocre, sin sombra,
todo petrificado, fijo en una suerte de
eternidad maligna; salvo el cuadro, que va
adquiriendo forma, que se va ensombreciendo poco a poco,
que se inunda de sombra, gris acero, gris lívido,
gris tierra, violeta pálido,
caput mortuum; que se llena de diablos, de jinetes,
de masacres, hasta que el fin del mundo quede culminado.
Y el pintor,
por un instante reanimado,
absurdamente alegre como un niño,
como si le hubiesen regalado la vida,
invita esa misma tarde
a mujeres y niños, amigos y enemigos,
a disfrutar de su vino, sus trufas frescas y sus becasas,
mientras desde fuera llega el rumor de la primera lluvia del otoño.

Canto III

Recuerdo La Habana, las paredes desconchadas,
la insistente fetidez ahogando el puerto,
mientras el pasado se marchitaba voluptuosamente,
y la escasez roía día y noche
el añorado Plan de los Diez Años,
y yo trabajaba en *El hundimiento del Titanic*.
No había zapatos, ni juguetes, ni bombillas,
ni un solo momento de calma jamás,
los rumores eran como moscardones.
Recuerdo que entonces todos pensábamos:
Mañana todo será mejor, y si no mañana,
entonces pasado mañana. Bueno, tal vez no mucho mejor
en realidad, pero al menos diferente. Sí, todo
será bastante diferente.
Una sensación maravillosa. ¡Cómo la recuerdo!

Escribo estas frases en Berlín, y al igual que Berlín
huelo a viejos cartuchos vacíos,
a Europa del Este,
a sulfuro, a desinfectante.
Vuelve el frío poco a poco,
y poco a poco leo las ordenanzas.
Allá lejos, detrás de innumerables cines,
se alza, inadvertido, el Muro,
y más allá, distantes y aislados, hay otros cines.
Veo a extranjeros con zapatos recién estrenados
desertando solitarios por la nieve.
Tengo frío. Recuerdo –es difícil creerlo,
apenas han transcurrido diez años–
los extrañamente esperanzados días de la euforia.

En aquel entonces nadie pensaba en el fin,
ni siquiera en Berlín, que hacía tiempo que había

sobrevivido a su propio fin. La isla de Cuba
no vacilaba bajo nuestros pies. Nos parecía
que algo estaba próximo, algo que inventaríamos.
Ignorábamos que hacía tiempo que la fiesta
había terminado, y que todo lo demás
era asunto de los directores del Banco Mundial
y de los camaradas de la Seguridad del Estado,
exactamente como en mi país y en cualquier otra parte.

Buscábamos algo, algo habíamos dejado atrás
en la isla tropical, donde la hierba crecía
hasta cubrir la chatarra de los Cadillac. Se había
agotado el ron, los plátanos se habían desvanecido,
pero buscábamos algo más –es difícil especificar
qué era realmente– y no acabábamos de encontrarlo
en este diminuto Nuevo Mundo
que discute ávidamente sobre azúcar,
sobre la liberación, y sobre un futuro abundante
en bombillas, vacas lecheras y maquinaria por estrenar.

En las calles de La Habana, las mulatas
me sonreían con sus fusiles automáticos
al hombro. Me sonreían a mí y a algún otro,
mientras yo trabajaba y trabajaba
en *El hundimiento del Titanic*.
No podía dormir en las noches calurosas.
No era joven – ¿qué quiere decir joven?
Vivía junto al mar – pero tenía casi diez años menos
y estaba pálido de anhelos.

Probablemente ocurrió en junio, no,
en abril, poco antes de Semana Santa;
paseábamos por la Rampa
después de medianoche, María Alexandrovna
me miró con ojos encendidos de cólera,
Heberto Padilla estaba fumando,

todavía no lo habían encarcelado.
Pero hoy ya nadie le recuerda, porque está perdido,
un amigo, un hombre perdido,
y algún desertor alemán estalló en una risa deforme,
y también acabó en prisión, pero eso fue después,
y ahora está aquí otra vez, de nuevo en su país,
embriagado y haciendo investigaciones de interés nacional.
Resulta raro que yo lo recuerde todavía,
sí, es poco lo que he olvidado.

Charlábamos en una jerga híbrida
de español, alemán y ruso,
acerca de la terrible zafra
azucarera de los Diez Millones
–hoy ya nadie la menciona, desde luego.
¡Maldito azúcar! ¡Vine aquí de turista!,
aulló el desertor y después citó a Horkheimer,
¡nada menos que a Horkheimer en La Habana!
También hablamos de Stalin, y de Dante,
no puedo imaginarme por qué,
ni qué relación guarda Dante con el azúcar.

Y miré hacia fuera distraído
sobre el muelle del Caribe,
y allí vi, mucho más grande
y más blanco que todas las cosas blancas,
muy lejos –yo era el único que lo veía allí
en la oscura bahía, en la noche sin nubes
y en un mar negro y liso como un espejo–
vi el iceberg, alto, frío, como una helada *Fata Morgana*,
deslizándose hacia mí, lento, inexorable y blanco.

Declaración de pérdidas

Perder el pelo, perder la calma,
¿me explico?, perder el tiempo,
librar una batalla perdida,
perder peso y esplendor, perdón, no importa,
perder puntos, déjame terminar de una vez,
perder la sangre, perder al padre y a la madre,
perder el corazón, hace tiempo perdido
en Heidelberg, y ahora otra vez,
sin parpadear, el encanto de la
novedad, olvídale, perder los
derechos civiles, me doy cuenta,
perder la cabeza, por favor,
si no puede evitarse,
perder el Paraíso Perdido, y qué más,
el empleo, al Hijo Pródigo,
perder la cara, que le vaya bien,
dos Guerras Mundiales, una muela,
tres kilos de sobrepeso,
perder, perder, y volver a perder, hasta
las ilusiones perdidas hace tanto tiempo,
y qué, no desperdiciemos una palabra más
en la tarea perdida del amor, digo que no,
perder de vista la vista perdida,
la virginidad, qué lástima, las llaves,
qué lástima, perderse en la multitud,
perderse en las ideas, déjame terminar,
perder la mente, el último céntimo,
no importa, termino en un momento,
las causas perdidas, toda sensación de bochorno,
todo, golpe a golpe,
¡ay!, hasta el hilo del relato,
el carnet de conducir, las ganas.

Canto IV

¡Aquéllos sí eran buenos tiempos! Creía
en cada palabra que escribía, y escribía
El hundimiento del Titanic.

Era un buen poema.

Recuerdo exactamente
cómo comenzaba, con un sonido.

«Se oye un rasguelo», escribí,
«que se detiene. Silencio.» No,
no era así. «Un sutil tintineo»,
«el tintineo de la cubertería de plata.»

Sí, era así cómo empezaba, creo.

Más o menos. Y así sucesivamente.

Cito de memoria.

He olvidado el resto.

¡Qué agradable sensación la de ser
ingenuo! No quería convencerme
de que la fiesta tropical había terminado.
(¿Qué quieres significar con «fiesta»? Era el apuro,
no finjas, el apuro y la necesidad.)

Ahora, pocos años después,
todo funciona ya,
hay zapatos para todos,
suficientes bombillas y desempleados,
nuevas maquinarias y reglamentos.
Siento frío en los huesos,
un anacronismo
dentro de un anacronismo.

Me llega el olor del carbón quemándose.
Allí donde Europa es más sucia,
allí vivo bajo estatuas de hierro
de los Hohenzoller, que se pudren lentamente,

y miembros del Comité Central,
en amarga y angustiosa miseria nacional,
y recuerdo, y reúno todas
mis memorias. No te preocupes,
solía decirme a mí mismo, no es más que un espejismo,
en realidad la isla de Cuba
no vacila bajo nuestros pies.

Y tenía razón yo entonces,
porque en aquella época nada zozobraba
excepto mi poema
acerca del hundimiento del *Titanic*.
Era un poema escrito a lápiz
en una libreta forrada
de negro, no tenía copia,
porque en toda la isla de Cuba
no había en aquella época una sola hoja de papel carbón.
¿Te gusta?, le pregunté
a María Alexandrovna, y entonces
lo metí en un sobre comercial.
Partió del puerto de La Habana
en una saca postal hacia París
y nunca más apareció.

Todos conocemos el resto de la historia.
Afuera está nevando. A veces
trato de retomar el hilo, y a veces,
como ahora por ejemplo, creo haberlo encontrado.
Tiro de él. El velo se rasga en dos
con un sonido silbante, y en la ancha luz del día
los reconozco a todos: a las mulatas,
al capitán de barba blanca,
a Dante (1265-1321), a Jerome el fogonero
(se ignora su nombre de pila) (1888?-1912),
al Viejo Maestro de Umbría
con las uñas manchadas de pintura,

nacido en tal año
y muerto en tal otro,
María Alexandrovna (1943-) ...
Todos ellos, los
que murieron congelados, los que se ahogaron,
1.217 en total, o 1.500,
según otros. ¡Seguid discutiendo,
carcomas! ¡Seguid discutiendo, gusanos!
Yo sí los conocía a todos,
hasta a los cinco chinos, aplastados
como sacos de harina contra el entablado
del bote salvavidas. Creo conocerlos,
pienso que viven todavía,
pero no estoy dispuesto a jurarlo.

De modo que estoy sentado aquí, metido
en frazadas, mientras afuera nieva. Y me divierto
con el final, el hundimiento del *Titanic*.
No hay nada mejor que hacer.
Como un Dios, dispongo de tiempo.
No tengo nada que perder. Me ocupo
del menú, de los radiogramas, de los ahogados.
Los recopilo, los rescato
de las negras aguas heladas del pasado.

Restos, frases rotas,
cajas de fruta vacías, grandes sobres comerciales
color cuero, empapados y manchados de agua salada,
recojo versos de las olas,
de las oscuras y cálidas olas
del Caribe, infestado de tiburones,
de versos desmembrados, de salvavidas
y souvenirs en torbellino.

Canto V

Tomad lo que os han quitado,
tomad a la fuerza lo que siempre ha sido vuestro,
gritó, congelándose en su ajustada chaqueta,
su pelo ondeando bajo el pescante,
soy uno de vosotros, gritó,
¿qué esperáis? Éste es el momento,
echad abajo las barandas,
tirad a esos degenerados por la borda
con todos sus baúles, perros, lacayos,
mujeres, y hasta niños,
usad la fuerza bruta, los cuchillos, las manos.
Y les mostró el cuchillo,
y les mostró las manos desnudas.

Pero los pasajeros del entrepuente,
emigrantes, todos a oscuras,
se quitaron las gorras
y lo escucharon en silencio.

¿Cuándo tomaréis la venganza,
sino ahora? ¿O es que no podéis
soportar ver sangre?
¿Y la sangre de vuestros hijos?
¿Y la vuestra? Y se arañó la cara,
y se cortó las manos,
y les mostró la sangre.

Pero los pasajeros de entrepuente
lo escuchaban inmóviles.
No porque él no hablara lituano
(no lo hablaba), ni porque estuvieran ebrios
(hacía tiempo que habían vaciado
sus anticuadas botellas

envueltas en toscos pañuelos),
ni porque estuvieran hambrientos
(aunque estaban hambrientos):

Era otra cosa. Algo
difícil de explicar.
Entendían bien
lo que él decía, pero no lo
entendían a él. Sus frases
no eran las frases de ellos. Golpeados
por otros miedos y otras esperanzas,
aguardaban allí pacientemente
con sus bolsos, sus rosarios,
sus raquíuticos hijos, recostados
en las barandas, dejaron
pasar a otros, prestándole atención
respetuosamente,
y esperaron hasta que se ahogaron.

Canto VI

Inmóvil, observo este cuarto desnudo, en Alemania,
el alto cielo raso, antaño blanco,
el hollín que cae sobre la mesa en flecos diminutos;
y mientras la ciudad que me rodea oscurece deprisa,
yo me entretengo en recrear un texto que tal vez no existió.
Restauro mis imágenes, yo soy mi propio falsificador.
Y me pregunto la forma que tendría el salón de fumar
a bordo del *Titanic*, si las mesas de juego tenían
taraceas o estaban cubiertas de paño verde.
¿Cómo era en realidad?
¿Cómo era en mi poema? ¿Estaba en mi poema?
¿Y aquel hombre delgado, distraído, aquel ser excitado
deambulando por La Habana, presa de discusiones y metáforas
y aventuras de amor interminables? ¿Era realmente yo?
No podría jurarlo. Y dentro de diez años no podré jurar
que estas mismas palabras sean las mías, escritas
en el lugar más oscuro de Europa, en Berlín, diez años atrás;
es decir, hoy, para apartar mi mente de las noticias de la noche,
de los innumerables minutos sin fin que nos esperan
y que se extienden hasta el infinito, a medida que avanza no se sabe [qué
fin.
Dos grados bajo cero, en la ventana todo está negro, hasta la nieve.
Me invade, no sé por qué razón, una gran calma.
Miro hacia fuera como un Dios. No hay iceberg a la vista.

El iceberg

El iceberg avanza hacia nosotros inexorablemente.
Vedlo cómo se suelta
del frente del glaciar,
de los pies del glaciar.
Sí, es blanco,
se mueve,
sí, es más grande
que todo cuanto avanza
en el mar,
en el aire
o la tierra.

Sueños mortales
que una larga caravana
de icebergs atraviesa.
«A doscientos cincuenta pies de altura
sobre el nivel del mar,
destellan sus colores
que son maravillosos
y totalmente diáfanos.»
«Como si fuese un sol
multiplicado
sobre las celosías de cientos de palacios.»

Mejor es no pensar en lo que pesa
un iceberg.
Cuanto lo han visto
no olvidarán jamás tal espectáculo
aunque vivan cien años.

«Ese espectáculo aguza la imaginación
pero llena el corazón
de un sentimiento de involuntario horror.»

El iceberg carece de futuro.
Flota a la deriva.
No podemos hacer uso de él.
Existe, sin duda.
No tiene valor.
La confortabilidad
no es su fuerte.
Es mayor que nosotros.
Siempre y únicamente
vemos su cima.

Es efímero.
No se preocupa.
Nunca progresa,
pero «cuando, parecido
a una inmensa mesa
de mármol blanco,
veteado de azules,
se mueve de improviso y quiebra lo profundo,
todo el mar se estremece».

En nada nos concierne,
sigue su ruta monocorde,
no necesita nada,
no se reproduce,
y se derrite.
No deja huellas.
Se disipa perfectamente.
Sí, ésa es la palabra:
perfectamente.

Canto VII

Prosiguiendo nuestra visita, entraremos ahora en el salón de las palmeras, que se utiliza para los bailes íntimos. La exquisita decoración mural fue especialmente hecha para el *Titanic* por un notable pintor de salón, al estilo oriental.

Dinner First Class
14 de abril de 1912
Caviar Beluga
Hors d'œuvres variés
Turtle Soup

La puerta que ven conduce al baño turco, cuidado con la escalera, donde en cualquier momento disfrutarán de masajes terapéuticos y curas termales, bajo control médico; por favor, observen la columna roja de mármol de Carrara.

Consommé Tapioca
Lobster American Style
Baked Salmon with Horseradish Sauce
Curried Chicken
Almond Rice Tropical Fruit

Las dos ninfas de bronce a la entrada del Gran Foyer están esculpidas en clásico estilo Renacimiento. Una representa la Paz, la otra el Progreso. Señoras y señores, me complace a anunciarles que la cena está servida.

La Última Cena. Escuela veneciana, siglo XVI

I

Al terminar mi *Última Cena*,
trece metros por cinco y medio,
monstruosa tarea, pero bastante bien pagada,
surgieron las preguntas de siempre:
¿qué significan todos estos extranjeros
con sus alabardas? Visten
como herejes, o como alemanes.
¿Le parece normal
pintar a san Lucas
con un palillo de dientes en la mano?
¿Quién le metió en la cabeza la idea
de sentar moros, borrachos y payasos
a la mesa de Nuestro Señor?
¿Hemos de soportar a un perro
olfateando, a un enano con una cotorra
y a un mameluco sangrando por la nariz?
Señores míos, dije, he inventado
todo esto para mi propio placer.
Pero los siete jueces de la Santa Inquisición,
dejando ondear al viento sus túnicas de seda roja,
murmuraron: No nos convence.

II

Sí, he pintado cuadros mejores,
pero ese cielo muestra colores
que no encontraréis en ningún cielo
que no haya sido pintado por mí;
me complacen estos cocineros
con sus largos cuchillos de carnicero,

y estos hombres vestidos con capuchas
adornadas de piel, con penachos
de plumas de garza,
con turbantes tachonados de diademas
y perlas; y qué decir
de la gente embozada
subida a los techos más distantes
de mis palacios de fachada de alabastro,
recostada en los parapetos a una altura de vértigo.
No sé lo que buscan. Pero no os miran a vosotros, ni tampoco a los
santos.

III

Os lo he dicho una y otra vez:
No hay arte sin placer.
Esto es cierto hasta en las interminables crucifixiones,
los diluvios y las matanzas de inocentes
que me pedís que ejecute,
no puedo imaginar por qué.
De modo que cuando los suspiros de los críticos,
las sutilezas de los inquisidores
y las pesquisas de los escribas
fueron demasiado para mí,
rebauticé mi *Última Cena*
y decidí llamarla
Una cena en casa del Señor Levi.

IV

Espera y verás quién tiene la última palabra.
Toma mi *Santa Ana con la Virgen y el Niño*, por ejemplo.
No es un tema muy divertido.
Pero debajo del trono,

en el piso de mármol bellamente decorado
de un rosado arenoso, negro y malaquita,
coloqué, a modo de gracia redentora,
una tortuga de ojos vidriosos,
patas elegantes y un escudo
de carey casi translúcido.
Maravillosa idea.
Resplandecía bajo el sol como una enorme peineta
de concha perfectamente arqueada,
color topacio.

V

Pero en cuanto la vi arrastrándose,
pensé en mis enemigos.
Los galeristas balbuceando,
los profesores de arte silbando,
y los pedantes eructando.
Antes de que los parásitos tuvieran oportunidad
de explicármela,
tomé mi pincel
y sepulté a mi criatura
bajo unas discretas losas
de mármol negro, verde y rosado.
Santa Ana no es mi obra más famosa,
pero tal vez sea la mejor.
Nadie más que yo sabe por qué.

Canto VIII

Agua salada en una cancha de tenis
puede ser una terrible molestia;
sin embargo, mojarse los pies
no significa que se aproxime el fin del mundo.
Como suicidas en busca de coartada, la gente
está ávida de que llegue el final,
y así pierde el control y los nervios.
En realidad, a nadie le gusta ahogarse, y menos
a dos grados por debajo del punto de congelación.
Si a la hora de peligro, el juicio
del pasajero no es tan mesurado como uno quisiera,
¡no importa! Después de todo, aquí estoy yo temblando
en esta nave que Dios ha abandonado, aunque es cierto
que viajo en Primera Clase, saboreando
un oporto de exquisita cosecha.

Presumamos por un momento
que el *Titanic* está a punto de hundirse,
aunque yo, ingeniero, poco dado a la fantasía,
sostengo que tal desenlace es bastante improbable. ¿Entonces?
No hay que preocuparse mucho. Las estadísticas indican
que en un momento dado pueden zozobrar una docena
de barcos sin que a nadie le importe, porque sus
nombres son *Rosalind II* o *Bellavista*
y no *Titanic*. No hay que olvidar que,
en este instante, surcan los siete mares
millares de naves que llegarán puntualmente a puerto,
aunque *nosotros* nos ahoguemos.

Además, toda innovación conlleva una catástrofe:
nuevas herramientas, nuevas teorías, nuevas emociones;
eso es lo que se llama evolución.
Y así, aunque en nuestra discusión imaginemos

que todos los barcos se han de hundir el mismo día,
en tal caso lo único que tenemos que hacer es
presentar algo nuevo: enormes planeadores en los cielos,
ballenas amaestradas, o nubes de hierro.

De lo contrario, llevar vidas estáticas.

Hace tiempo que los árboles lo practican con éxito. Y en caso
que no surjan ideas, peor para nosotros. Después de todo,
ya se han extinguido otras formas de vida,
yo diría que en beneficio nuestro.

¿Dónde estaríamos ahora si los reptiles alados
y los dinosaurios no se hubieran topado
con algunas complicaciones? ¿Me comprende?

De todo lo cual concluyo que no tiene sentido
un punto de vista demasiado estrecho
sobre cualquier acontecimiento que nos concierna, por ejemplo,
nuestra muerte. Claro que lo que estoy diciendo,
como ingeniero e inveterado bebedor de vino oporto,
no revela nada totalmente nuevo,
de ahí que esté a punto de hundirme.

Canto IX

Todos esos extranjeros que posaban ante los fotógrafos
en los cañaverales de azúcar de Oriente, sus machetes en alto,
el pelo pegajoso, y camisas de mezclilla
endurecidas por el sudor y la melaza: ¡qué gente tan superflua!
En las entrañas de La Habana la miseria ancestral
continuaba su tarea de putrefacción, la ciudad hedía a orina vieja
y vieja servidumbre, los grifos se secaban por la tarde,
la llama del gas se apagaba en el fogón, las paredes
se desmoronaban, no había leche fresca, y por la noche
«el pueblo» hacía paciente cola para comer pizza.
Pero en el Hotel Nacional, en los salones frente al mar,
donde hace mucho tiempo solían cenar los gánsters, los senadores,
con emplumadas reinas del striptease
sentadas en sus adiposos muslos y regateando una propina,
deambulan ahora un puñado de trasnochados
trotskistas de París, que se sienten
«dulcemente subversivos», tirándose unos a otros bolitas
de pan y citas de Engels y Freud.

Cena 14 de abril de 1969
(Año del Guerrillero Heroico)
Cóctel de langostinos
Consomé Tapioca
Lomo a la parrilla
Ensalada de berro
Helados

Más tarde emergían en cubierta, en blanco y negro,
unos cuantos jugadores vestidos de etiqueta,
y damas en largos vestidos con perlas, ante mirones
en albornoz que lanzaban trozos de hielo al descuido,
poco antes de medianoche, en una película de Hollywood.
Era cerca de medianoche, el aire estaba húmedo y cálido.

Niños semidesnudos invadían el destartado cine
en la Calzada de San Miguel, riendo y trepándose
en las butacas sucias. La imagen era sombría y borrosa,
el sonido era rayado: una copia malísima.

En el blanco entablado de cubierta, Barbara Stanwyck
saltaba de un lado a otro con Clifton Webb, las imágenes danzaban,
y de pronto, como siempre, de la necesidad surgió el caos.

No olvides el revólver, querido, piensa en
tus esmeraldas, en los sándwiches,
en tu manuscrito. Y tú lleva la Biblia,
y tu pequeño cerdito de hojalata que toca «Maxixe»
cada vez que le tuerces el rabo, tu pequeño cerdito
de hojalata de colores, ¡que no se te olvide!

Delegaciones. Mulatas. Comandantes. En el comedor
los hambrientos poetas de Paraguay siguen discutiendo
con los trotskistas en una nube de tabaco.

En las escaleras de incendios, los jóvenes delatores
que tararean suaves rumbas y los checos
con sus relojes y sus negocios sucios.

Incluso antes que el miedo, te golpea el ruido como un puño. El oído
agredido no puede asimilarlo. Son tus pies los que te advierten:

El casco rechina, un vapor estruendoso sale de las chimeneas.

Las calderas se apagan, las mamparas caen,
los motores se detienen. Ahora todo está quieto,
súbitamente quieto. Una sensación de modorra,
como si uno hubiera despertado de una pesadilla
a las cuatro de la madrugada en la habitación del hotel,
y escuchara atento. No hay señales de vida.

Hasta el frigorífico está en silencio. Con gusto
acogeríamos ahora cualquier sonido,
un chasquido de la caldera,
un ladrón, un registro de la policía...

Nunca volverá todo a estar tan seco y quieto como ahora.

Razones de seguridad

Trato de quitarle la tapa,
lógicamente, la tapa
de mi caja privada.
En modo alguno es un ataúd,
es simplemente un paquete, una cabina,
en una palabra, una caja.

Sabéis a lo que me refiero
cuando digo *caja*, vamos,
no os hagáis el tonto,
a lo que me refiero
es a una caja como otra cualquiera,
tan oscura como la vuestra.

Desde luego que quiero salir,
y por ello golpeo
y martilleo la tapa,
grito *Más luz*, jadeando,
lógicamente, golpeando la escotilla. Bien.
Por razones de seguridad,
mi caja de zapatos tiene una tapa,
una tapa bastante pesada, por cierto,
por razones de seguridad
ya que se trata
de un recipiente, un Arca
de la Alianza, una caja fuerte.
No logro salir.

Para nuestra liberación haría falta,
lógicamente, una acción conjunta.
Pero por razones de seguridad
estoy solo en esta caja,
en esta caja mía.

¡A cada cual lo suyo! De ahí que
para poder escapar de mi propia caja
mediante una acción conjunta, lógicamente,
tendría que estar fuera de ella, y esto
se aplica, lógicamente, a todos nosotros.

De modo que me rompo la espalda
contra la tapa. ¡Ahora!
¡Una rendija! ¡Ay!
¡Maravilloso! Afuera, el campo cubierto
de latas, envases, o simples cajas,
contra un fondo de encrestadas olas
surcadas por magníficos baúles,
nubes a una enorme distancia,
¡y mucho, mucho aire fresco!

¡Déjenme salir!, seguí gritando,
bajito, contra el sentido común,
con la lengua pastosa, cubierto de sudor.
Persignarse: imposible.
Hablar por señas: no, no tengo manos.
Cerrar el puño: ni hablar.

Y por ello grito: *Expreso*
mis pesares, ay de mí,
estos pesares míos,
mientras con un golpe seco
la tapa, por razones de seguridad,
se vuelve a cerrar
sobre mi cabeza.

Canto X

De modo que ésta es la mesa a la que se sentaron.
Desde fuera puedes ver, a través del ojo de buey,
en el salón de fumar, a B., un emigrante de Rusia
que, gesticulando, envuelto en la niebla azul
del humo exquisito de tabacos habanos,
marca Partagás, torcidos a mano,
perfectamente feliz y abstraído,
en la mesa verde, sin prestar atención
a icebergs, diluvios o naufragios,
predica la revolución
atareado en la predicación del evangelio de la revolución
a un pequeño grupo de barberos, jugadores
y telegrafistas. Uno lo ve,
pero no puede oír lo que dice.
El grueso cristal convexo del ojo de buey,
que refleja el bronce de los herrajes,
está hecho a prueba de ruidos. Palabras inaudibles;
uno sabe lo que se proponen,
y que este hombre tiene razón, aunque sea muy tarde
para tener razón en algo.

Sin embargo, en la próxima mesa puedes ver
a otro caballero, encolerizado, molesto.
Es el dueño de una fábrica textil de Manchester que considera
repugnante toda esta tontería, está indignado,
y en tono severo expone
las ventajas de la disciplina más estricta
y las bendiciones de la autoridad, que,
según sostiene con bigote trémulo, a bordo de un barco
ha de ser absoluta y firme.
Tú, desde luego, no puedes estar
al tanto de esta discusión, porque no puedes oírla.
Pero fíjate en cómo los jugadores
y los telegrafistas mueven la cabeza,

¡como si asistieran a un partido de tenis!
A todos les gustaría ser rescatados,
a todos, incluyéndote a ti. Pero
¿no es esto pedirle demasiado a una idea?
El juego terminará con empate.
Nadie ha notado a estos dos caballeros
en uno de los botes salvavidas, nadie ha vuelto a oír
hablar de ellos jamás.
Sólo su mesa flota por ahí todavía,
una mesa vacía en el Atlántico.

El aplazamiento

Observando la famosa erupción del Helgafell,
un volcán en la isla de Heimaey,
transmitida en directo por una docena de cadenas de TV,
vi a un anciano en tirantes salpicado de azufre y sulfuro,
que, haciendo caso omiso de la tormenta, el calor, los cables de TV,
las cenizas y los espectadores (incluyéndome a mí, agachado
en mi alfombra ante la lívida pantalla), sostenía una
manguera de jardín, delgada pero claramente visible,
apuntando hacia la rugiente lava.

Se le sumaron vecinos, niños, bomberos, todos apuntando
más y más mangueras a la enfurecida lava que avanzaba,
hasta transformarla en un muro cada vez más alto, duro,
frío y húmedo, color ceniza, aplazando así, acaso no para siempre,
pero al menos por ahora, la Decadencia de Occidente,
razón por la cual los habitantes de Heimaey, cerca de Islandia,
a menos que hayan muerto todos desde entonces, continúan
viviendo en sus limpias casas multicolores de madera, sin que
los molesten las cámaras, regando tranquilamente sus lechugas
que, gracias a la lava, han crecido
simplemente enormes, y, al menos por ahora,
no muestran señales del inminente desastre.

Canto XI

Déjenos salir
Nos estamos asfixiando
Nuestro furgón de ganado se estremece
Nuestro armario se tambalea
Nuestro ataúd gorgotea
Luchamos en las escaleras
Golpeamos los paneles
Forzamos las puertas
Déjenos salir
Somos muchos aquí
Cada vez somos más
luchando
por una pulgada de espacio
por un tablón
Estamos demasiado hacinados
para quitarnos los piojos
para cuidarnos o pelearnos
El carterista no puede levantar
su mano delgada
ni el asesino la daga
Nos asfixiamos unos a otros
Nuestra furia encerrada
nos levanta la piel
y expira
De pronto somos
terriblemente muchos
Aplastamos como masa blanda
a los que ya han sido atropellados
Un pudín de pánico
apestando a miedo
agrio y ratonil
Nos hinchamos y hundimos flácidos y suaves

Canto XII

De ahora en adelante todo marchará según lo planeado.
El casco de hierro ya no palpita, las máquinas
permanecen quietas, el fuego se ha apagado hace tiempo.
¿Qué ocurre? ¿Por qué no avanzamos? ¡Escucha!
Alguien murmura en cubierta, rezando sus rosarios.
El mar es un cristal, negro, liso. Noche sin luna.
Por favor, no os preocupéis. Nada se ha roto a bordo,
ni un vaso, ni una copa de champán. Todos esperan
en pequeños grupos, sin hablar, inquietos, obedientes,
con abrigos de piel, batas y monos.
Los cables se enrollan, se les quitan los toldos
a los botes, se bajan los pescantes. Los pasajeros
parecen ligeramente drogados. Este músico, por ejemplo,
arrastra un violonchelo por la interminable cubierta,
arañando y desgarrando los tablones,
y uno comienza a pensar: Deben de ser alucinaciones.
¡Mira, han disparado un cohete de señales!
Pero no es más que un débil silbido, una llama azulada
que surca el cielo y se refleja en rostros vacíos.
Silenciosos, ascensoristas, masajistas y panaderos se alinean en
[cubierta.
A bordo del *California*, un barcucho decrepito,
a doce millas de distancia, el telegrafista se vuelve
en su litera y se queda dormido.
¡Atención! ¡Las mujeres y los niños primero! ¿Por qué será?
Respuesta: *We are prepared to go down like gentlemen.*
Ya veo. Detrás quedan mil seiscientos. Una calma increíble
reina a bordo. Les habla el capitán. Son ahora las dos en punto,
y ordeno: Sálvese quien pueda. ¡Música, maestro!
El director de la orquesta levanta su batuta
para interpretar la última pieza.

Canto XIV

No es como una matanza, ni como una bomba;
no hay sangre, nadie es mutilado;
es simplemente una inundación, un aumento gradual por doquier. La
humedad se filtra.

Se forman diminutas perlas, regueros.

Lo que ocurre es que se te humedecen las suelas,
los puños de las camisas se te empapan, el cuello se torna
pegajoso en la nuca, se te empañan las gafas;
las cajas fuertes exudan, y se han manchado
las rosetas de yeso en el techo. Lo que ocurre es

que todo huele a su olor sin olor,
que gotea, se derrama, chorrea, se vierte;
no alternativamente, sino todo a la vez,
ciegamente, coincidentemente, promiscuamente,
humedeciendo el bizcocho, el sombrero de paño, los calzoncillos,
lamiendo sudorosamente las llantas de las sillas de ruedas,
estancando el salobre en los urinarios, filtrándose
hacia los hornos; y ahí está otra vez,
horizontal, húmeda, oscura, callada, inmóvil, simplemente
elevándose, lentamente, lentamente levantando pequeños objetos,
objetos de valor, botellas llenas de líquidos nauseabundos,
llevándoselas descuidadamente hasta que se vacían,
cosas de goma, cosas rotas y muertas; y esto continúa

hasta que tú mismo lo sientes en el esternón,
obstruyendo urgentemente, salobremente, pacientemente,
algo frío y pacífico que te sube, llegándote primero
a las rodillas, luego a las caderas, a los pezones,
a las clavículas; hasta que te toca el cuello, hasta que lo bebes,
hasta que sientes el agua sedienta
buscándote la entraña, la tráquea, el útero,
la boca; y sabes entonces lo que se propone: se propone

llenarlo todo, tragar y que la traguen.

Canto XV

A la hora de la sobremesa le dijimos si no le molestaba la solemnidad negra como la tinta, de sus metáforas, que tales significados y significantes ya no se llevaban, que la moda era inexorable, también en el arte, y que los excesos eran excesos. Tampoco comprendíamos qué tenía que ver Cuba con todo ello, Cuba era una idea fija. ¿Y qué quieres decir –literalmente– con tus historias sobre la pintura, sobre Gordon Pym, Bakunin y Dante?

Sois vosotros, gritó y se puso a lanzar trozos de pan y carne, quienes lo recogéis, lo amalgamáis y lo desmenuzáis todo con vuestros cuchillos de trinchar; yo ciertamente no, continuó irritado, yo me embrollo, balbuceo, hablo a trompicones, mezclo, contamina, pero os lo juro: ¡Este barco es un barco! –ahora se mostraba más exasperado y la lona rajada en dos –esta parte casi la cantó– simboliza una lona rajada en dos, ni más ni menos, ¿me entendéis? Os digo que yo soy como este lienzo, que se tensa hasta no poder más. Y arrebató el mantel de la mesa.

Tonterías, respondimos, puro galimatías. ¡Una locura! Pero se puso de pie de un salto. No discuto, dijo bajito, enseño. Se puso de pie y se disponía a marcharse. Tuvimos la idea de apuñalarlo por la espalda con nuestros cuchillos [de pan, tan airados estábamos. Pero al llegar a la puerta se volvió y empezó otra vez: ¡Olvidáis (dijo en su forma más desdeñosa) que también yo he comido carne humana, como vosotros y Gordon [Pym! He escuchado los estertores del viejo anarquista sobre la sucia almohada en la habitación contigua, mientras yo abrazaba a su esposa, sonriente.

Precisamente vosotros no podéis burlaros de mí. Además
(no acababa de irse), ¿qué podía hacer yo?
¿Creéis que he sido yo el que inventó este cuento
del barco que se hunde, que es un barco y a la vez no lo es?
El loco que se cree Dante es Dante.
Siempre hay un pasajero a bordo con este nombre.
Las metáforas no existen. No sabéis de lo que estáis hablando.

Mera confusión, gritamos confundidos. Esto no es un poema,
es un embrollo. Al fin se marchó. Se fue,
y nos miramos y miramos nuestros cuchillos de fruta,
y nos preguntamos si puede haber metáforas
con tanto filo. Entonces seguimos comiendo peras y albaricoques.

Canto XVI

El naufragio del *Titanic* consta en acta.
Es tema para poetas.
Libre de impuestos al cien por cien.
Es otra prueba de que las enseñanzas de Vladímir Illich Lenin son
[correctas.
Lo exhibirán por televisión después de los deportes.
Es valiosísimo.
Es inevitable.
Es mejor que nada.
No trabaja el lunes.
Es ecológico.
Muestra la vía hacia un futuro mejor.
Es Arte.
Crea nuevos empleos.
Comienza a alterar los nervios.
Está legalmente registrado.
Tiene sólida base en la clase obrera.
Llega justo a tiempo.
Funciona.
Es uno de esos espectáculos cuya belleza deja sin aliento.
Es algo que debería hacer meditar a los responsables.
Ya no es lo que fue.

Canto XVII

Nos hundimos sin hacer ruido. Como en una bañera
el agua está quieta en los alumbrados salones de palmeras,
en las canchas de tenis, en los vestíbulos reflejados en los espejos.
Transcurren minutos oscuros que cuajan como gelatina.
No hay riñas, ni disputas. Diálogos a media voz.
Usted primero, señor. Saludos a los niños.
Cuídese del catarro. En los botes se oye el crujir de los cables
y se ven sobre el remo fosforescentes gotas de agua
que como a cámara lenta del mar emergen y al mar vuelven.
Sólo cuando se acerque el fin –la proa oscura levantada
perpendicularmente desde la profundidad cual absurda torre,
apagada la última luz, nadie pregunta la hora–,
entonces un sonido jamás oído quebrará la calma de cristal:
«Fue un estruendo, o más bien un chacoloteo, un fragor o más bien
una sucesión de golpes, como si desde una bóveda enorme
se precipitaran toneladas de cosas pesadas desde lo alto,
agolpándose en los escalones y arrastrándolo todo en su caída.
Fue un ruido jamás escuchado
y que nadie quiere volver a oír en su vida.»
A partir de ese momento, ya el barco no existía.
Después sólo se oyeron los gritos.

Magro consuelo

La lucha del hombre contra el hombre,
según fuentes fidedignas
cercanas al Ministerio del Interior,
será nacionalizada en su momento, hasta la última gota de sangre.
Saludos de Thomas Hobbes.

Una guerra civil librada con armas desiguales:
la declaración de impuestos de un hombre
es la cadena de la bicicleta de otro.
Envenenadores e incendiarios
deberán organizar un sindicato
para proteger su puesto de trabajo.

Nuestro servicio carcelario
es abiertamente liberal.
Ofrecen *El Sistema de Ayuda Mutua
en el Mundo Natural*, de Kropotkin,
 encuadernado en plástico negro, lavable,
 como un manual de estudios.
Magro consuelo.

Para desaliento nuestro, nos hemos enterado de
que no existe la justicia, y más aún,
para nuestro mucho mayor desaliento,
fuentes informadas rebosantes de placer
nos han comunicado
que nada remotamente parecido
puede o debe existir ni existirá jamás.

Todavía no está claro
dónde reside la culpa. ¿En el pecado original?
¿En la genética? ¿En los cuidados a los recién nacidos?
¿La falta de educación sentimental?

¿El capitalismo? ¿Una dieta poco saludable?
¿El diablo? ¿El machismo?

Averiguarlo sería bueno, sería
un bálsamo en las heridas de la Razón.
Lamentablemente, no podemos abstenernos
de violentarnos, de crucificarnos unos a otros
en el cruce más próximo
y de engullir después los despojos.

Estamos molestos, pero no sorprendidos
por nuestras diarias atrocidades.
Lo que nos anonada
es la tácita ayuda,
la generosidad infundada
y la dulzura angelical.

Es hora ya, por lo tanto,
de exaltar con verbo encendido
al camarero que escucha horas enteras
los lamentos del hombre impotente;
la misericordia del representante de galletas
que rompe a última hora
la orden de ejecución;

a la beata que oculta
inesperadamente al desertor que llama a su puerta;
y al secuestrador, súbitamente fatigado,
que renuncia a su enmarañada tarea
con una débil sonrisa de complacencia.

Dejamos el periódico encogiendo los hombros,
lentos de alegría, la alegría
que sentimos cuando termina la película,
se encienden las luces en la sala de cine, afuera
la lluvia ha cesado, y anhelamos

dar una calada al cigarrillo.

Canto XVIII

Con lo cual, dijo la blanca voz, remaron
a toda prisa, alejándose
del punto impenetrable
donde había desaparecido el *Titanic*,
pero no pudieron escapar de los gritos.
Cada una de estas voces era clara y diferente
de la otra: el estridente alarido de terror
diferente del ronco lamento,
el chillido suplicante, distinto del gemido estrangulado,
y así sucesivamente, y no eran pocos los gritos,
sino miles de ellos, el mar estaba en calma,
había un arrullo en el aire, y las voces, prosiguió la voz,
llegaban lejos y eran muy nítidas, de ahí
que en el bote algunos dijeran, regresemos,
tenemos espacio, de ninguna manera,
se llenaría el bote y lo harían zozobrar,
dijeron otros, y nos ahogaríamos todos,
y así continuaron discutiendo y remando, hasta
que después de una larga hora, dijo la voz
tajantemente, las voces disminuyeron, y sólo
se oía aquí y allá una débil y solitaria tos,
un chillido animal apenas audible,
hundiéndose simplemente en la oscuridad total.

Nuevos motivos por los que los poetas mienten

Porque el instante
en que la palabra *feliz*
se pronuncia
no es nunca el instante de la felicidad.
Porque los labios del sediento
no hablan de sed.
Porque por boca de la clase obrera
nunca oiréis las palabras *clase obrera*.
Porque el desesperado
no tiene ganas de decir
«estoy desesperado».
Porque orgasmo y *Orgasmo*
son incompatibles.
Porque el moribundo, en lugar de decir,
«me estoy muriendo»
no emite más que un ruido sordo
que nos resulta incomprensible.
Porque los vivos
son los que rompen el tímpano de los muertos
con sus terribles noticias.
Porque las palabras acuden siempre demasiado tarde
o demasiado pronto.
Porque de hecho es otro,
siempre otro,
el que habla,
y porque aquel de quien se habla
calla.

Canto XIX

Había un hombre en el mar, flotando
en un tablón, en una mesa,
no, no era una mesa, era una puerta,
a la que se aferraba, bamboleado
arriba y abajo, de vez en cuando
algo helado le inundaba el rostro,
sin devorarlo. No veía nada,
nadie le veía los ojos, porque tenía la cara
pegada al tablón, era un hombre pequeño,
aplastado, como si una enorme mano
lo hubiese clavado a la puerta.
Sólo los muertos se ven tan pequeños. Algunos
que pasaban cerca en un bote lo llamaron,
pero él no respondió. Debe de estar muerto,
dijeron algunos, pero hubo quienes le quisieron ayudar.
Otra vez la vieja disputa. Remaron hasta dejarlo atrás,
discutieron otra vez, y regresaron.
Lo subieron a bordo zafándole los nudos
con que se había crucificado a sí mismo
a los goznes de la puerta. ¡Es un niño!,
exclamó alguien, volviéndolo boca arriba, y empezaron
a frotarle las manos. Era un japonés.
Abrió los ojos, habló en su lengua nativa,
y a los pocos minutos se puso en pie de un salto,
alzó los brazos, brincando, moviendo los pies,
y enseguida tomó los remos y remó hasta el amanecer,
golpe a golpe, charlando alegremente
todo el tiempo. No estaba muerto
ni era el Mesías,
y nadie entendía lo que decía.

Cablegramas del 15 de abril de 1912

La guerra en Trípoli. Disensiones en el seno de la socialdemocracia. VII Congreso Internacional sobre la tuberculosis.

Tíbet englutido por China. Huelgas en Dortmund.

Nueva York. Intereses del 3 3/8 sobre préstamos. Dólares USA en la bolsa de Berlín a 95 1/8. Crudo ligero en Londres a 39/3.

París. Según un boletín emitido por los aeronautas, el dirigible *Fantasque* ha sido alcanzado por una tempestad y empujado hacia alta mar. Berlín. En la moción de apoyo al proyecto de Ley de Armamentos se estipula que tiene que ser facilitado el paso de la paz a la guerra. En qué medida la población será llamada a asegurar el incremento de su disponibilidad, se deduce de las tablas estadísticas que aquí se acompañan. Se solicita hombre activo dispuesto a independizarse, sin capital inicial, y a progresar rápidamente. No se requiere ningún tipo de preparación.

Noticias marítimas. Llega el buque *York* a Nápoles, el *Zielen* a Bremerhaven, el *Reine Louise* a Amberes, el *Bülow* a Adén, el *Rey Alberto* a Génova, el *Princesa Alicia* a Colombo, el *Germanicus* a La Habana. El *Prinz Eitel Friedrich* a Hamburgo.

Bien arropados en nuestros lechos cálidos, permanecemos impassibles en tanto afuera tiemblan las criaturas enraizadas en la tierra y la pérfida escarcha de abril aniquila cruelmente la delicada trama de los capullos demasiado precoces. Por Robert Schwerdtfeger (Múnich). Berlín. Fuentes coloniales dignas de crédito aseguran que el duque Federico de Mecklemburgo ha sido confirmado definitivamente como gobernador de Togo. El Dr. Schnee sustituirá al barón de Rechenberg en el África oriental alemana.

Teatro. Augsburgo: *La casta Susana*. Basilea: *Los pilares de la comunidad*. Bremen: *Sueño de vales*. Düsseldorf: *Casa de muñecas*. Frankfurt: *El avisado*. Friburgo: *La niña de chocolate*. Colonia: *Europa celebra*. Berlín. Hoy la bolsa abrió bajo base firme. Se han seguido con interés las noticias procedentes de Nueva York y del mercado siderometalúrgico y de laminados de la Alta Silesia.

Múnich. Por el momento las relaciones entre Baviera y el Reich parecen ser satisfactorias.

París. Los representantes del consorcio de las seis grandes potencias han

decidido cancelar los préstamos mensuales al gobierno chino. Wiesbaden. Después de dos semanas de paro, la huelga de electricistas y fontaneros terminó hoy. Se ha concedido a los oficiales un aumento de sueldo de tres céntimos la hora.

Predicciones meteorológicas del instituto geofísico de Frankfurt, Main. Un área extensa de alta presión se ha establecido sobre Europa Central, así que para mañana se prevé buen tiempo y altas temperaturas. Deutsche Bank 225.50, Daimler Motoren 244.00, Siemens & Halske 241.90, AEG 262.00, Höchst, 575.00.

¿Está anémico? Use las sales de baño Patermann y obtendrá bellas y sonrosadas mejillas.

Frankfurt. El agregado comercial alemán en Calcuta llama la atención sobre las interesantes oportunidades que se ofrecen a la industria automovilística en las Indias Británicas.

Nueva York. Un comunicado de Reuter confirmó esta mañana que todos los pasajeros del *Titanic* abordaron las lanchas salvavidas con la mar en calma.

Canto XX

El ocho de mayo dio mucho que hablar
cuando al *Titanic* se lo tragó el mar.
Shine se apellidaba aquel fogonero
que alimentaba la caldera con esmero.
Estaba comiendo un plato bien condimentado,
pero ya el agua el plato se ha llevado.
Capitán, dijo, estaba comiendo un plato bien condimentado,
pero ya el agua el plato se ha llevado.
Dice el capitán: ¿Acaso la temes?
¡Recuerda, Shine, cuánto me debes!
Shine, siéntate sobre tu culo negro,
que pondré en marcha la bomba desde cero.
Shine vuelve abajo y ve la negra humareda
mas al ombligo el agua ya le llega.
Capitán, dice, veo la humareda
mas al ombligo el agua ya me llega.
Dice el capitán: ¿Acaso la temes?
¡Recuerda cuánto me debes!
Shine, siéntate sobre tu culo negro,
que pondré en marcha la bomba desde cero.
Shine vuelve abajo y trabaja sin resuello,
mas el agua ya le alcanza el cuello.
Capitán, dice, trabajo sin resuello,
mas el agua ya me alcanza el cuello.
Dice el capitán: ¿Acaso la temes?
¡Recuerda cuánto me debes!
Shine, siéntate sobre tu culo negro,
que pondré en marcha la bomba desde cero.
Capitán, tú nunca dices mentira,
pero ahora estás jugando con mi vida.
Shine se quita la camisa sin hablar,
arroja la camisa y se lanza al mar.
Grita el capitán: Shine, no me dejes solo,

vuelve, cuanto poseo, te lo doy todo.
Capitán, dice Shine, si tienes cojones,
arroja la camisa y lánzate a los tiburones.
En la cubierta, la hija del capitán, de repente,
sin dudarlo de sus sostenes se desprende.
Shine, querido Shine, grita sin resuello,
la manita sobre el sexo, las bragas al cuello.
Shine, querido Shine, contigo huyo,
mi blanco sexo será todo tuyo.
Shine responde: Tu ofrecimiento debo rechazar,
a casa quiero ir, rápido debo nadar.
Shine sigue nadando, raudo como una anguila,
sigue nadando y una ballena ahora esquivada.
Dice la ballena: Vaya, nadas alegremente,
pero si te pesco, te trago inmediatamente.
Dice Shine: Calla, ballena, te pondré de hinojos,
y ya había desaparecido en un abrir y cerrar de ojos.
En Washington estalló como una verdadera bomba
la noticia de que al *Titanic* se lo había tragado una ola.
Sentado en un rincón, Shine pidió otra ronda.
Escuchaba el barullo y durmió su mona.¹

Canto XXI

Después, como siempre, todo el mundo lo había visto venir, excepto nosotros, los muertos. Después abundaron los presagios, los rumores y las versiones cinematográficas. Alguien mencionó las carreras de perros celebradas en la cubierta C, deporte bastante raro para un barco; habían preparado liebres metálicas con pintura brillante, movidas por un ingenioso mecanismo, para incitar a los galgos a realizar esfuerzos ilícitos; se cuenta que muchos pasajeros menesterosos perdieron sus últimas guineas en este monótono pasatiempo. Y qué decir de la grieta en la campana del barco, y del hecho de que se había tornado agrio el burdeos Château Larose del 88 utilizado en el bautismo del barco; la conducta misteriosa de las ratas en Queenstown, última escala del viaje; y el silenciado caso de la furia sanguinaria en la capilla del barco. Ominosos accidentes, vicios innombrables; pero ¿por qué hemos de cargar con la culpa? ¿Cómo sospechar que se daban latigazos a las duquesas debajo de las mesas de juego? ¿Que las niñas menores de edad pedían auxilio por los conductos de ventilación y que en los baños turcos había hermafroditas mostrando sus orificios? Ahora, retrospectivamente, todo el mundo alega haber oído el sonido de un órgano, sin que lo tocaran manos humanas, y que pasó la noche emitiendo profanas tonadas, como última advertencia a todos nosotros.

«Divina Némesis» ¡Fácil decirlo una vez ocurrido!

Las penúltimas palabras de un grave caballero poco antes de hacernos a la mar:

¡Ni Dios mismo podría hundir este barco! Bueno, no lo oímos. Estamos muertos. Nada sabíamos.

¡Mantengamos la calma!

A veces –no es frecuente– cazando liebres en la nieve invernal o al amanecer, poco antes de Semana Santa, al asomarte por la ventanilla del coche cama, verás en el techo de un granero abandonado, sobre una tonga de carbón, o en un mirador al otro lado del valle, a un pequeño grupo de personas vestidas de negro, que esperan inmóviles y en silencio el fin del mundo, bajo la dirección de un profeta con gafas de níquel y la nariz hinchada. Mientras nosotros seguimos ocupándonos de nuestra cotidianeidad bajo la idea de que las inundaciones son cosas antediluvianas, o acaso un complicado chiste práctico, en tanto ellos, instalados en sus respectivas torres de vigía, saben exactamente el cuándo de las cosas. Devolvieron a tiempo los coches alquilados, vaciaron los refrigeradores y prepararon el alma. Tenue es el sonido de sus voces que el viento impulsa por la autopista hasta la sombreada cañada que se apresta para la urbanización: «Cerca, más cerca, oh, Dios, de ti.» A la larga, será inevitable que primero uno y luego otro consulten sus relojes y se sorprendan; el brazo del profeta, alzado en admonición, se dormirá; y cuando salga el pálido sol, y los trenes pasen, y se encienda el carbón, y se derrita la nieve y las liebres terminen en el horno, primero uno y después otro bajarán lentamente y se nos unirán en las bajas regiones de lo cotidiano, enfrentando las mofas de los lugares comunes, comprando cepillos de dientes, reabriendo sus cuentas bancarias y entusiasmándose por las fiestas ineludibles. Hasta el mismo profeta, desafiado por las cláusulas y con ropa sucia, tendrá que hacer concesiones,

insistiendo, sin embargo, en lo esencial.
Puede que su voz se raje, pero no le falla.
Poco importan las apariencias. ¿Qué son semanas, o siglos
incluso, comparados con la eternidad?
Él, por su parte, no se sorprenderá
por el Día de la Especulación. Te lo dije, murmurará.
Las cosas no podían seguir como iban. De ahí que aun ahora,
instalado sobre su granero y emitiendo graznidos de cuervo,
pensará que el fin del mundo, aunque sin puntualidad,
siempre será una especie de tranquilidad, un dulce consuelo
para perspectivas insípidas, como la pérdida del cabello,
o mojarse los pies.

Canto XXII

Lejos en el golfo, allí en la aterciopelada oscuridad,
vi los reflectores de un destructor escudriñando.
Nevaba en mi cabeza. La Habana Vieja
jadeaba en busca de aliento, se desangraba vergonzosamente.
Las noches eran suaves. Era la época en que
yo deambulaba por los cines de los suburbios,
por las posadas repletas, por los bares de la antigua mafia
con sus mostradores vacíos. Oía el murmullo de los amantes
entre los arbustos reseco del cementerio.
En lugar de escribir sobre la zafra azucarera
y el socialismo en una isla, como lo haría un buen camarada,
pescaba en las negras aguas, imparcialmente y medio siglo
después del hecho, a los muertos y a los supervivientes,
que hacía tiempo que también habían muerto. Los miraba
a los ojos, y los reconocía a todos: Gordon Pym, Jerome
el fogonero, que nunca pronunció una palabra, Miss Taussig,
Guggenheim (cobre y estaño), Engels (textiles), Ilmari
Alhomaki, Dante –yo tenía frío y miedo, pero los reconocí
por sus uñas, secretos, sombreros, deseos–, distinguía
sus gritos de terror en la noche tropical, distinguía
bajo la luna lo que apretaban en sus puños crispados:
rosas artificiales, llaves de hierro colado, papeles
en blanco. De espaldas al futuro estudié
las estadísticas y los planos de los pisos, y todo
confirmaba lo que ya sabía: que estamos todos
en el mismo bote. Pero el pobre
será el primero en ahogarse.

	1. ^a Clase	2. ^a Clase	Entrepunte	Tripulación
Embarcados	325	285	1.316	885
Rescatados	203	118	499	212

Desaparecidos 122 167 817 673

Al principio no era más que un pequeño sonido,
un sonido rasgado bastante fácil de describir.
Pero yo no sabía adónde nos conduciría.
Imperceptiblemente, Berlín quedaba sepultado en la nieve,
Pero yo no sabía adónde nos conduciría.
aislado. Suavemente, el mar grasiento,
contorneando el Malecón.

Modelo para una teoría del conocimiento

Aquí tienes una caja,
una caja grande
con una etiqueta que dice
caja.
Ábrela,
y dentro encontrarás una caja,
con una etiqueta que dice
caja dentro de una caja cuya etiqueta dice
caja.
Mira adentro
(de esta caja,
no de la otra)
y encontrarás una caja
con una etiqueta que dice...
y así sucesivamente,
y si sigues así,
encontrarás
tras esfuerzos infinitos
una caja infinitesimal
con una etiqueta
tan diminuta,
que lo que dice
se disuelve ante tus ojos.
Es una caja
que sólo existe
en tu imaginación.
Una caja
perfectamente vacía.

Canto XXIII

¡Contradicciones!, gritó. ¡Discrepancias, dudas!
El número de bajas, por ejemplo: ¿1.635?
¿1.715? ¿1.490? Se había abierto paso hasta el frente,
y había tomado el micrófono para formular su pregunta:
Señoras y señores, distinguido público, ¿dónde colocaremos
nuestra fe? Se trataba de un poeta musculoso,
que, empujando a un lado a los demás, poetas también
más o menos, gritó: ¡Oh, empirismo! ¡Estoy perdiendo
la razón! ¡Eterna discordia de los expertos!
¡Ay de los especialistas! ¡Bibliógrafos, qué lástima me dais,
os hundiréis también, pero nadie se dignará haceros objeto de [estudio!
¡Y os hundiréis sin gloria, amén! Tonterías, gritó otro
del grupo. Creedme, gritó, y tiró del cable hasta
que su colega soltó el micrófono: Todos ellos sólo creían
lo que al día siguiente leyeron en los periódicos; después, nadie,
ni siquiera testigos y víctimas, creían
lo que vieron sus ojos, y, de acuerdo con ellos,
decimos: Debe de haber sido como en el cine.
Luego ocupó el estrado un colectivo de poetas,
cogidos de los brazos, gesticulando y coreando a una voz:
Bienvenidos seáis, rumores, bienvenidas leyendas
y hasta mentiras, mientras más locas mejor. Silencio
en la sala. Un aplauso para Edward J. Smith,
nuestro capitán de barba blanca, treinta y ocho años de servicio,
quien, desoyendo los radiomensajes,
corrompido por codiciosos armadores y ávido
de implantar récords, se abalanzó a toda velocidad
contra el iceberg. Ahora, antes de colocarse
el cañón del revólver en la boca, grita: «Be British.»
¡Bravo! Después de todo, ¿qué clase de poeta es aquel
que no es capaz de tragarse la sopa salada,
lamer las gotas que se derraman de la sala de calderas,
que no sienta en los mismos huesos el sudor frío del pánico,

la viscosa llovizna de la historia?
En verdad, en verdad os digo: Silencio en la sala.
¡Tres vivas a la condesa Rothes en camisón de noche,
bruja, sufragista, lesbiana depravada,
que se adueña de un bote salvavidas
y proclama el matriarcado! ¡Vivas a los oficiales
que se tambalean borrachos por la pasarela, disparando
sus armas contra la chusma del entrepuente: Judíos,
camelleros y polacos! ¡Debemos darle una lección!
Un tropel de fogoneros con caras tiznadas es obligado
a regresar al fondo de la sala de máquinas
donde el agua negra ya alcanza la rodilla,
mientras a menos de cuatro millas de allí,
recostado en la baranda
de su podrido barcucho, con los motores parados,
el capitán Lord manda retirarse al telegrafista
para poder disfrutar a solas de las señales
de auxilio y de los gritos de los ahogados,
sin que ningún mensaje le moleste.
¡Viva, mis queridos amigos! Siempre hay alguien
que se limita a mirar impasiblemente
para formarse una opinión equilibrada con ese conocido
gesto de la comisura de los labios.
Los poetas bramaban, exigían, concedían:
un grupo totalmente descontrolado.
¡Detenedlo!, gritaron, ¡detened al millonario disfrazado
de mujer, con turbante y velo, que está
entrando en el último bote salvavidas antes de que el barco
se haga pedazos! «Cerca, más cerca, oh, Dios, ¿de quién?»,
toca la orquesta; no, «Ragtime», «Un último cigarrillo,
y todo queda dicho y hecho», no, «Señor de misericordia
y compasión», nada de eso toca,
ya la banda no existe,
no había sonido, no se oía una palabra,
ya no quedaba quien gritara tres vivas,
tres vivas, señoras y señores, para ustedes,

para los poetas, para todos nosotros.

Estableciendo la identidad

Éste no es Dante.

Ésta es una fotografía de Dante.

Éste es un filme en que actúa un actor que pretende ser Dante.

Éste es un filme en el cual Dante hace el papel de Dante.

Éste es un hombre que sueña con Dante.

Éste es un hombre llamado Dante, pero que no es Dante.

Éste es un hombre imitador de Dante.

Éste es un hombre que se hace pasar por Dante.

Éste es un hombre que sueña que es Dante.

Éste es un hombre que es la estampa misma de Dante.

Ésta es una figura de cera de Dante.

Éste es un doble, un gemelo de Dante.

Éste es un hombre que se cree Dante.

Éste es un hombre a quien todo el mundo, excepto él, toma por [Dante.

Éste es un hombre al que nadie, excepto Dante, considera Dante. Éste es Dante.

Canto XXIV

El segundo día del viaje los del turno de la mañana encontraron tiendas de campaña en la cubierta. ¿De dónde han salido? ¿Quién las colocó? ¿Qué hace esta gente aquí? Rostros cetrinos, expresiones ocre oscuro. Algunos llegan a decir que se habían embadurnado como salvajes. Marineros con hachas lograron ahuyentarlos, pero por la noche regresaron en número todavía mayor. Un olor a carnero salía de las escotillas, humo blanco de los fuegos de carbón, cenizas cubrían todo el lugar. Las mujeres aparecieron acicaladas, vestidas de trapos deslumbrantes con brazaletes de oro y lentejuelas en el pecho. Bribonzuelos desnudos trepaban por las barandas y los parapetos. Ancianos con pantalones anchos y grandes turbantes estaban sentados en silencio en torno a sus narguiles detrás de la cabina del telégrafo, portando sus sables, o más bien dagas de plata y cimitarras. En la cubierta de sol, entre los botes, tomaban el fresco damas vestidas de blanco con velos, y caballeros con chilabas. Y entonces, de repente, sonaron los címbalos. ¿Qué significa esto? Címbalos, dije. Aquí en medio del Atlántico, no muy lejos de los bancos de la Gran Terranova, había címbalos.

El sobrecargo no alcanzaba a explicar estas extraordinarias escenas. Pero aquí estoy yo para informarles, gritó Salomon P., el artista pintor. ¡Yo las reconozco! Éstos son los nómadas que yo pinté, han surgido de las paredes del Salón de las Palmas. Las imágenes

se han desbordado. Es que bebo demasiado.
Fijaos cómo me tiembla la mano. Pero los nómadas
me gritan: ¡Mi imagen es mi propio ser!
Nunca más volveré a pintar. No se vuelvan, señoras y señores.
Tengo miedo de sus cuchillos. Sí, dijo John Jacob Astor,
también yo las veo. Luego invadieron todo el barco,
encendiendo antorchas. Sus gritos eran incomprensibles.
Traían sus camellos, cuyas sombras vacilantes
empañaban el brillo de las piezas de bronce.
Y entonces, la mañana del catorce de abril,
se desvanecieron todas a un tiempo, dejando atrás
no más que un olor a desierto y el estiércol de sus bestias.

El Rapto de Suleika. Escuela holandesa, fines del siglo XIX

Un hombre pequeño, gris y encorvado, con un vaso en la mano,
se inclina poco antes de Semana Santa sobre la baranda de hierro
de su casa en Prinsengracht, de espaldas a la calle,
como si ésta fuera un océano. El aliento de ginebra
flota sobre la escalera también pequeña, gris y encorvada.
Bebe más de lo que conviene a un pintor;
y entre sorbo y sorbo, mirando de soslayo
y haciendo chistes sobre su propia edad, Salomon Pollock
le cuenta a una joven musulmana, sin cuyos ojos entornados
no puede vivir, todo lo relacionado con su cuadro,
al cual, borracho o no, no le quita la vista.

A la izquierda, dice, verás *El Rapto de Suleika*.
Aquí, detrás del alto muro, en el jardín,
bajo palmeras y mimosas, junto a la fuente,
donde lirios enormes despiden su aroma, blanca,
inocente, embriagante, lasciva (es increíble cómo
han crecido estas flores), aquí, belleza mía,
se recuesta la hija del sultán, engalanada de perlas
y dátiles, adornos propios de la lujuria y la magnificencia.
La oscura mano de un eunuco mueve un abanico. Hasta que,
al fin, polvoriento y errante,
se le presenta un porteador
que se identifica como príncipe
por su talismán de verde jaspe
y su halcón amaestrado que le acompaña.

Los Viejos Maestros..., créeme, no existen.
¡Si lo sabré yo! Durante treinta años
he sido de aquellos que todo lo saben hacer:
mitad alquimista y mitad ebanista.

Nadie me superaba como restaurador.

El mundo es testigo de mi meticulosidad
y mis cuidados, a base de resina, cera y saliva,
en Paraísos Perdidos, Vírgenes, Naufragios, Juicios Finales,
persas, flamencos y florentinos,
recuperando cosas que nunca existieron
con mi lanceta, mi esponja y mi espátula:
fiel falsificador, cuyo pan de cada día
era el pasado, un pasado hecho por mí mismo,
la niña de mis ojos, lo mejor que se puede esperar.
Ahí está, a la vista de todos, expuesta en el Rijksmuseum,
un fraude sublime y conmovedor, una maravilla
del mundo, piadosa chapucería.

Aquí, en el centro, está *La Fiesta del Beduino*.
Noche de desierto, resplandeciente de lanzas
y escopetas y del oropel
de bailarinas orientales, sus aretes de oro tintineando
al compás de tambores y címbalos.
El jinete sobre el pinto corcel
bajo la luz de las antorchas
es el hijo del emir. La mujer que trae en sus brazos
es su presa, semidesnuda, medio envuelta en muselinas.
Cuentan que los dientes de ella centellean como granizos,
que sus labios son más rojos que la cornalina,
que su aroma es el del aloe, del ámbar, del nardo
y la canela. Eso es lo que cuentan.
Los caballos relinchan, y se realiza la boda
en medio de los gritos de los guerreros.

Con ojos vendados, palpando la madera de los marcos,
tanteando el barniz, arañando las grietas del lienzo
con mis dedos de rayos X: yo era infalible.
Cuando al fin veas la pieza,
limpia, rejuvenecida, remendada, resplandeciente
–tras frotarla, enmasillarla, retocarla,
ángel mío, con estas manos– encontrarás

en una esquina un diminuto cuadrado sin retocar,
que exhibe la inmundicia de los siglos,
la confusión, el siempre imperfecto remordimiento
de la posteridad, que no conoce redención.
Solía yo pasar horas y horas
reflexionando sobre este oscuro remanente,
que me delata a mí y a mis manipulaciones.

Y finalmente, a la derecha, está *La Venganza*.
Observa las largas sombras de los jinetes
a la luz de la mañana, y el pabellón del gran visir
que se destaca contra las almenas de la ciudad.
Contempla los buitres que vuelan en lo alto,
las ratas almizcleras en los matorrales, y los camellos
rumiando serenamente a la orilla del camino.
Contempla al verdugo con un turbante negro,
envainando la espada, y más allá
la cabeza cortada en la empalizada. ¿La ves?
¿No ves al sultán en su palanquín, distraído,
sonriente, abriendo confiado
el libro envenenado?

Fue así como abandoné el arte de la simulación
y resolví pintar «yo mismo». ¿Sabes
lo que significa pintar uno por su cuenta? A veces
no me conozco a «mí mismo». Soy de pacotilla.
Me tiembla la mano. No es la ginebra.
No es la fama. Es la historia
con su interminable farsa y doblez.
Ella me inventa a mí, y yo a ella.
Es una eterna contienda. Así es.
Yo, Salomon Pollock, decorando las paredes
con un Oriente inventado de la nada.
Un pintor de salón. Sí, mi odalisca,
espero que ahora te percales
de la elocuencia de mis mentiras. La verdad,

esa ventana oscura allá en un rincón,
la verdad es muda.

Canto XXV

El último bote, letra C, tipo Engelhardt,
es arriado por estribor;
hora exacta: una y cuarenta y siete;
tripulación: seis hombres.

El segundo timonel G. T. Rowe
lleva el mando, le acompañan
el despensero Pearce, Weikman
el barbero, y tres fogoneros.
Pasajeros: Gordon Pym (fantasma),
J. B. Ismay, Esq., K.B.E., F.R.G.S.,
armador del S.S. *Titanic*,
presidente de la White Star Line
of America, Inc., cobarde,
ojos como bolas de mármol,
gomina en el pelo.
El resto: mujeres y niños.
Total de pasajeros: 35,
incidentes: ninguno.

Sólo al amanecer,
cuando los icebergs emergieron
rosados contra el horizonte,
sólo cuando se creía,
en vista del inminente salvamento,
«que el fuego del sol parecía reflejarse
en los ventanales
de un centenar de palacios»,
en el húmedo fondo del bote
un puñado de trapos
cobró vida bajo los pies
de treinta y cinco navegantes.

Algo comenzó a moverse,
algo andrajoso que chorreaba
en una lona sucia,
despertó y comenzó a hablar.
Cinco extraños surgieron a la luz,
cinco chinos desconocidos.
Sin nombres, sin un centavo, sin documentos,
sin hablar una palabra de inglés:
nadie ha podido saber hasta el día de hoy
cómo habían logrado subir a bordo del *Titanic*,
cómo y cuándo entraron en el bote,
y qué ha sido de ellos.

Instituto de investigaciones

Oh, profetas de espaldas al mar,
de espaldas al presente, oh, hechiceros
que observáis plácidamente el futuro, oh, chamanes eternamente
recostados en la borda,
¡basta hojear un libro de bolsillo
para descubrir vuestros misterios!

Leyendo huesos, estrellas, ruinas, entrañas,
para beneficio público, todo lo que ha sido
y todo lo que será, ¡oh, ciencia!,
bendita seas tú y los rayos de luz que nos ofreces,
mitad alarde y mitad estadísticas: tasas
de mortalidad, límites de suministro de fondos,
la creciente entropía...

¡Adelante! Todas esas iluminaciones
del color del azufre son mejores que nada,
nos mantienen felices en las noches sofocantes
del verano: impresos sacados de la computadora,
muestreos, excavaciones, confidencias
basadas en el método de Delfos... ¡bravo!

¡Bendito sea lo provisional!
Por el momento queda bastante agua fresca,
la piel respira aún expectante,
se crispa tu piel, mi piel, incluso la vuestra,
nigromantes leñosos, respirad aún,
pese a la cuestión de la cátedra titular,
a las notas y las pirámides de empleo,
por ahora el final (una interminable catástrofe natural,
finamente repartida) no es aún definitiva,
¡vaya consuelo!

De ahí, mis queridos cómplices, que,
en tanto se pronostican icebergs frente a Terranova
y tormentas de verano en los cielos sulfúreos
de Europa Central, es mejor que abandonéis
vuestros institutos durante el fin de semana.
Corred a salvar la vida, o un pedazo de ella, algo interino,
sea cual fuere su significado, hasta el lunes;
incluso en el caso de que esta forma de actuar
no resulte conveniente
como base de vuestras predicciones.

Oh, amigos siempre sedientos de sabiduría,
qué lástima me dais, descansando en vuestras dachas,
en vuestras cabañas irlandesas, o en la isla de Korcula,
de espaldas al mar,
apagando plácidamente vuestros cerebros.
¡Adelante, y que vuestra antorcha nunca se apague
durante el juego de ping-pong! Os bendigo.

Canto XXVI

178. Exterior. Mar abierto.

La escena es una réplica del famoso cuadro de Scott en la Royal Academy de Londres (Maqueta). Ancha extensión azul de agua.

Plano amplio.

Un círculo de icebergs
en colores brillantes.

Detrás, despunta el sol.

Música.

Plano medio.

El mar, visto desde un iceberg.

Proyección de fondo.

A lo lejos aparece una pequeña flota
de botes salvavidas (maquetas).

Zoom lento de cámara.

Narrador (voz en off):

El quince de abril de 1912
era un precioso día de primavera.

Corte. Plano medio.

Un salvavidas con pasajeros.

Cámara al nivel del mar.

Giro hacia arriba. Panorámica vertical.

Narrador (voz en off):

¡Han llegado las primeras gaviotas
de los Grandes Bancos de Terranova!

¡Mensajeras de la salvación,
de la vida!

Sube el volumen de la música (violines).

Oscurecimiento gradual.

Letrero en la pantalla cada vez más oscura: FIN.

Canto XXVII

«De hecho, nada ha ocurrido.»

No hubo tal hundimiento del *Titanic*.

Era sólo una película, un presagio, una alucinación.

«De hecho» siguen jugando a las cartas,

y si no a las cartas, al backgammon; las cajas de tabacos

del salón de fumar, productos de artesanía made in Cuba,

siguen cubiertas de radiantes medallas de oro; Paz y Progreso

flotan para siempre sobre la entrada del salón de recreo,

pesadas y alegóricas, en bronce;

los ricos siguen siendo ricos, y los comandantes,

comandantes; en el baño turco la señora Maud Slocombe,

la primera masajista del mundo en un barco, prosigue su tarea

activamente. Hay candelabros por doquier,

cortinas de terciopelo, palmas, espejos,

Luis XV, Luis XVI: para enfermar a cualquiera.

Desde luego, hoy en día la tripulación disfruta

de trece pagas y televisión en color en los camarotes;

el sobrecargo es turco; la enfermera está graduada

en psicología; por lo demás, nada ha cambiado. Los menús

son todavía demasiado largos. En la cubierta F, es cierto,

hay ahora una sauna finlandesa, donde suda el Comité Central,

tomando el té con sacarina en lugar de azúcar; los glaciólogos han traído

su microcomputadora para el simposio

de climatología, que funciona

como simulador de icebergs para los próximos doscientos cincuenta

[años.

Las boutiques, como siempre, hacen su agosto,

vendiendo ceniceros *Titanic* y camisetas *Titanic*,

en el cine exhiben la película *Una noche para recordar*,

y el final feliz es simple rutina, como los asaltos a los bancos,

como los debates sobre el aumento de pensiones,

y sobre el socialismo en *un* barco.

De vez en cuando se produce una huelga puntualmente secundada,

en la que el camarero deja caer el cubo para el champán
y el pianista no completa la Fantasía en Do Menor.
Entonces incluso los gángsters y editores están desconcertados,
los pintores de salón no se divierten, los agregados militares
piden la cuenta; todo es diversión y emociones.
«Así –piensa la puta juiciosa– terminará el mundo,
con los vítores de hombres ingeniosos que se toman todo a broma.»
También los poetas deambulan
por el Café Astor, sirviéndose Cubalibres en
vasos de plástico. Parecen ligeramente mareados
y recuerdan con todo rigor
a los pasajeros del entrepuente, a los chicanos,
a los esquimales, y a los palestinos. El falso poeta
da el visto bueno al poeta mediocre; el poeta mediocre
hace un guiño al verdadero; entonces cada uno de ellos
se retira a su camarote, se recuesta en su hamaca
y escribe, como si nada hubiera ocurrido, en el papel seco:
«De hecho, nada ha ocurrido.»

Departamento de filosofía

No hay duda de que somos inteligentes. Pero lejos de cambiar la faz del mundo, en escena seguimos sacándonos conejos del cerebro, y palomas blancas, bandadas de palomas que invariablemente se cagan en los libros. No hay que ser un Hegel para darse cuenta de que la Razón es a la vez razón y no razón; basta con mirarse en el espejo de bolsillo. Te verás vistiendo una capa azul adornada con estrellas plateadas y una capucha. Celebramos el Congreso hegeliano en el sótano donde están sepultados nuestros colegas, desempacamos nuestras bolas de cristal y nuestros horóscopos. y ponemos manos a la obra; mostramos nuestros peritajes y agitamos nuestro péndulo y nuestros informes de investigaciones. Hacemos girar las mesas, preguntamos: ¿cuán real es lo real? Hegel sonrío malicioso. Le pintamos un bigote. Ahora se parece a Stalin. El congreso se divierte, baila sobre el volcán. Los guardias montan guardia afuera. Nuestra psique hace serenas declaraciones sobre el caso, y coincidimos en que en lo profundo de cualquier polizante habita un ángel custodio y dentro de éste un polizante. ¡Abracadabra! Como un pañuelo enorme, desdoblamos nuestras teorías. Los hombres de la gabardina aguardan modestamente frente al refugio a prueba de motines del seminario. Fuman, casi nunca utilizan sus armas, vigilan nuestra nómina universitaria, y nuestras flores artificiales y el excremento de palomas blancas que inunda el lugar.

Canto XXVIII

Observando por la tronera desde el sexto piso del hotel,
veo a los asiáticos
en la estación de Kazán con sus mujeres encintas,
en la estación de Omsk envueltos en mantas,
acampados en la estación de Haydarpasa,
la helada cellisca golpea las ventanas,
oigo la campana del barco,
veo toda La Habana a mis pies, reluciente en la noche tropical,
los desempleados se abren paso para salir de los ascensores,
arremolinándose bajo la luz azulosa de emergencia
en los pasillos, ante mis ojos vidriosos todo es borroso,
el noruego, delirando porque ha comido betún de zapatos,
agachado junto a los controles, parlotea y desaparece,
mis ojos están inflamados, vagamente veo a los árabes
allá afuera en el vivac, buscando mujeres,
sin afeitarse, encendiendo el fuego con periódicos viejos,
inmersos en el humo, al final de una estera larga y gastada,
donde en cuclillas los últimos tunantes
de alguna remota revolución, rodeados de buscavidas
y detectives del hotel, comen con las manos
carne de asno cruda, toso, el humo me anega los ojos,
me tambaleo, se me llena la cabeza de música, escucho
a un violinista loco telefoneando al capitán, ¡Tierra!, le grita,
¡Tierra a la vista! ¡El fin del mundo! Hielo a la vista,
azúcar, nieve, heroína, y yo, temblando de fatiga y humedad,
de pie junto al hacha contra incendios bajo la luz de la noche,
junto al extintor en la escalera del hotel,
seis pisos sobre el Caribe, y me gustaría saber
quiénes son esos señores con medallas, barbas, jeringas,
todos esos matones que desde la puerta
tiran sus sombreros en mi cama,
soledad –salmodio–, soledad, inmundicia y soledad,
el telégrafo no para de repiquetear, toso,

todos estos ectoplasmas, esos nómadas, esos borrachos,
que se hunden antes que yo, conmigo, después de mí,
todos ellos telefonean entre sí
en mis sesenta y cuatro mil toneladas de aforo craneal.

Canto XXIX

¿De qué hablábamos? ¡Ah, sí, del final!
Hubo una época en que nosotros todavía creíamos en él
(¿A qué te refieres con «nosotros»?), como si algo
alguna vez zozobrara, desapareciera para siempre
sin una sombra,
fuera abolido de una vez y por todas,
sin dejar las huellas de rigor,
(las famosas «reliquias del pasado»).

¡Curiosa confianza!
Creíamos en cierto tipo de final entonces
(¿A qué te refieres por «entonces»? ¿A 1912? ¿A 1917?
¿Al 45? ¿Al 68?)
y por ende en cierto tipo de comienzo.
A estas alturas, hemos llegado a percatarnos
de que la cena prosigue.

Roast Turkey, Cranberry Sauce
Boiled Rice Prime Roast Beef
Baked Potatoes with Cream
Watercress Salad
Champagne Jelly Coconut Sandwich
Viennese Ice Cake
Assorted Nuts Fresh Fruit
Cheese Biscuits Coffee

Ni siquiera los ochocientos huacales de nueces con cáscara
los cinco pianos, las treinta cajas
de raquetas de tenis y palos de golf para el Sr. Spaulding,
vistos por última vez a los 42 grados 3 minutos Norte
y 49 grados 9 minutos Oeste,
se han perdido para siempre:
aquí están, ante nuestros ojos, surgiendo otra vez

(¿A qué te refieres por «aquí»?), 65 años después del suceso.

Mensajes en botellas, ¡y no hay fin en el final!
Cordiales saludos, garabateado
en una caja de cartón antes de ahogarnos,
menús rescatados en alta mar,
tarjetas postales, el papel mojado,
la tinta borrosa por el vino, las lágrimas, el agua salada,
señales de vida difíciles de descifrar, difíciles de eliminar...

Sin contar con los informes finales
de las Comisiones encargadas del caso,
las opiniones expertas, los panfletos y las memorias,
y los protocolos del proceso ante el tribunal marítimo,
veinticinco mil páginas
que nadie ha leído...

Reliquias, souvenirs para los aficionados a los desastres,
pasto para los coleccionistas que acechan en las subastas
y olfatean las buhardillas.
El menú de aquella noche de abril
ha sido impreso en facsímil,
y todos los meses sale un nuevo número
del *Titanic Commutator*, órgano oficial
de la Sociedad para la Investigación de la Catástrofe.

Planes para sacar a flote el barco naufragado
por medio de buzos, mediante balones de gas o submarinos,
la maqueta original del *Titanic*,
plástica, lavable, de un metro de largo,
derechos registrados por Entex Industries, Inc.,
\$ 29.80 pagados por giro postal
a Edward Kamuda, 285 Oak Street, Indian Orchard, Mass.
En caso de no satisfacer,
se garantiza la devolución.
Es cierto que la reproducción de un bote salvavidas

no salva a nadie, la diferencia
entre un chaleco salvavidas y la palabra *chaleco salvavidas*
es como la diferencia entre sobrevivir y morir.

Pero, de todos modos, la cena se celebra,
continúa el texto, las gaviotas
siguen al barco hasta el mismo final.
¡Dejemos por fin de contar con el fin! Después de todo,
¿quién cuenta con que tiene los días contados?

Siempre queda algo...
botellas, tablones, sillas de cubierta, muletas,
mástiles astillados:
restos arrojados por las aguas,
un vórtice de palabras,
cantos, mentiras, reliquias:
destrozos, todo
bailando y tambaleándose como un corcho
detrás de nosotros en el agua.

La Huida a Egipto. Escuela flamenca, 1521

Veo al niño que juega entre el maíz
y no ve al oso.
El oso abraza o asalta a un campesino.
Ve al campesino,
pero no el cuchillo
que tiene clavado en la espalda,
es decir, en la espalda del oso.

Allá en la montaña están los restos
de un hombre sometido a la rueda;
pero el trovador que pasa
no los ve.
En cuanto a las dos legiones
que avanzan una sobre otra
en la alumbrada pradera
–me ciega el brillo de sus lanzas–,
ninguna ve al gavián dando vueltas sobre sus cabezas,
observándolos con ojo frío.

Distingo en primer plano los hilos de moho
que cuelgan de la viga del techo,
y en la distancia
percibo al mensajero galopando.
Debe de haber surgido de una cañada.
Nunca llegaré a saber
cómo es esta cañada por dentro;
pero la imagino húmeda,
muy húmeda, y llena de sombras.

En el centro del cuadro, me ignoran
los cisnes en el lago.
Veo el templo al borde del abismo,
el negro elefante

(¡qué extraño es ver un elefante negro en campo abierto!)
y las estatuas, que observan desde sus ojos blancos
al cazador en el bosque,
al barquero y la conflagración.
¡Cuánto silencio hay en todo esto!

A lo lejos, en las encumbradas torres
de raros alféizares,
veo parpadear a las lechuzas. Oh, sí,
puedo ver bien todas estas cosas,
pero ¿cómo distingo lo importante
de lo que no lo es? ¿Cómo puedo adivinarlo?
Aquí todo parece evidente,
igualmente claro, necesario
e impenetrable.

Desde mi profundidad, perdido en mis propias inquietudes,
al igual que esas lejanas ciudades allá,
y como esas otras ciudades, más azules aún
y más distantes, que se disuelven
entre otras visiones,
otras nubes, legiones y monstruos,
continúo viviendo. Me marchó.
Todo esto lo he visto, pero no puedo ver
el puñal clavado en mi espalda.

Canto XXX

Todavía estamos vivos, dijo uno de nosotros,
sentado en la penumbra:
No nos la darán con queso.

Después de estas palabras
hubo un largo silencio.

En el rincón más distante de la habitación
alguien tosió. Era invierno,
era en Europa Central,
era una de esas tardes
en que los supervivientes, lenta y cautelosamente,
comienzan a percatarse
de que son supervivientes
que aparecen en las desiertas estaciones
de trenes, en las carboneras,
en los tabernáculos y en otros sitios.

Eran abiertas las maletas
amarradas con sogas,
repletas de souvenirs.
Alguien encontró unas tazas de aluminio,
unos cuantos pañales sucios, algunos fósforos,
residuos de las galletas del barco
envueltas en una tela, pizcas de tabaco.
Afuera aún había
una tenue luz en el cielo.

De una manera extraña, la mayor parte
de todo lo que había existido antes
había desaparecido sin dejar rastro,
como una piedra en el agua.

Un olor a humedad, como si alguien
hubiera estado planchando sábanas,
se esparcía por la habitación.
Era el pálido aliento de una chica
parada de espaldas a la ventana,
robándonos el último vestigio de luz.

Ahora que han desaparecido los helicópteros
y que nada está ardiendo o aullando,
ahora que lo peor ha quedado atrás
y nada nos importa ya,
todo puede comenzar de nuevo.

Juramentos en lenguas extrañas,
turbios y confusos murmullos en el ambiente.

Ante todo debemos desinfectar,
sanar, curar, y cavar tumbas.
Entonces podremos pensar en la venganza,
y después de la venganza, en la repetición.

La estufa echaba humo. En la mesa grande
en el centro de la habitación
había algo extendido, tal vez
un montón de abrigos enrollados
o una tonga de toldos, sacos de arena
o pacas de papel manila.
Nadie se molestó en mirarlo.

Hemos estado años jugando
con las aflicciones por venir.
Riesgo residual, solíamos decir,
filtraciones, les llamábamos, máximo riesgo calculable.
¡Jesús!, decíamos. ¡Qué tiempos aquéllos!

Entonces se intercambiaban dos agujas

por una pequeña pastilla de jabón.
Un gato huesudo olfateaba
una grieta en la pared.
Se cambiaban los vendajes.

Uno de los desertores
tenía las glándulas inflamadas
y le quedaba un tenue resplandor blancuzco
en los ojos, tras sus gruesas gafas,
como si se hubiera ahogado.

Todo lo que hicimos estaba mal hecho.
De ahí que todo lo que pensáramos
estuviese mal. ¡Yo estaba allí!
¡No trates de consolarme, nunca!
Puedo dar testimonio. Mira,
aquí están mis cicatrices, por si lo dudas.
Las cicatrices son mis pruebas.
Y nos mostró el brazo,
mordido por dientes desconocidos.

Frente a la puerta
se había formado un charco grande,
y todo el que entraba
dejaba una huella.

Después de todo, habría sido mejor
luchar. Sí, pero ¿cuándo?
¿y cómo? ¿Qué quieres decir con
oportunamente? ¿Hubo algún momento
oportuno? No tuvimos alternativa.
Ahora somos pobres, y existe la calma.

Se habían gritado uno a otro.
Se habían mirado. Uno,
que tenía un turbante, se alejó de nosotros,
encogiendo los hombros. El fogonero,
con su voz cautelosa, pronunció la última palabra.

Comenzó a nevar fuerte afuera.
El viejo piso de mosaicos
se había rajado hacía tiempo.
Alrededor de nuestros zapatos
comenzaron a formarse lodazales.
Un anciano vistiendo un abrigo de marta
comenzó a orar tiernamente.

Una libra de trufas Périgord,
enjuagadas en agua fría, cepilladas,
peladas con sumo cuidado,
cortadas en rebanadas más finas
que la hoja de un cuchillo,
bañadas en mantequilla clara
y pasadas por el fuego,
para servir las con una pizca
de pechuga de faisán...
no puedo recordar la salsa que lleva.

No le hicimos caso, dejamos que hablara.
Alguien finalmente dijo: Está bien.
Comencemos.

Nadie se movió.
Un sonido, de la estufa tal vez,
un chillido, el zumbido de algo hirviendo,
atravesó la oscura estancia.

Canto XXXI

El Salón Berlín se está llenando
de humo, de supervivientes.
Más y más de ellos, enmudecidos
y sin aliento, golpeaban
las puertas o abrían las ventanas a empujones,
saltaban adentro, se sacudían la nieve
del pelo, y se acomodaban
en torno a la chimenea.

El fogonero alzó su lámpara de carburo
y en las paredes mostró las marcas
de anteriores inundaciones,
líneas oscuras, a la altura de las rodillas,
a la altura de la cintura, a la altura de las cejas, bajo la luz silbante.

¡Lo peor ya pasó!
Clamores, susurros, suspiros
de júbilo y de angustia.
¡Lo peor no termina nunca!
Avant nous le déluge!
¡Agarraos bien!
Hubo un estallido de coros,
un remolino, un vadear,
un hablar en otras lenguas.
la habitación se tambaleaba.

Los supervivientes desvariaban
infatigables acerca de sus supervivencias,
hasta que se cansaron.

Entonces nada ocurrió durante un rato.
Nadie encendió la luz,
aunque había oscurecido.

La nieve fuera de la ventana
se amontonaba más y más alta.
Aquella noche no iba a tener un final fácil.

El matón trajo el té
en un cubo. Quedaba incluso azúcar.
Una quietud flotaba
sobre los ciegos rincones de la habitación,
que parecía envejecer rápidamente.

Algunos se sentaban en círculo, sobre valijas
de correo, recitaban frases
que sabían de memoria,
y hablaban de un muerto.

Está mejor muerto.
Ahora nosotros, los afligidos,
sus adversarios y sus mujeres,
podemos al fin eliminar
lo que no nos guste
de estos famosos cantos.

Podemos borrar.
Sin nosotros, él no es nada.
Son nuestras voces las que salen
de su escondite de muerto,
y podemos hacer con él
lo que nos venga en gana.

¿Recuerdan cómo se sentaba
desnudo, cómo gemía, cómo alegaba,
agitando los brazos, que no podía continuar,
que se había roto el hilo?
No servía, era como un cadáver
sacado del mar,
poco nos importaron

sus chillidos. No se aplacaban,
a pesar de que la bañera
hacía rato que se había desbordado.
¡Despilfarrador, pedante, traficante de misterios!
¡Vieja bestia de rapiña! ¡Tacaño y renegado
de sangre fría! Es cierto que hubo una época
en que alimentábamos a este poderoso charlatán,
que lo mimábamos, le dábamos calor,
éramos sus alcahuetes en antojos y caprichos;
pero odiábamos su avaricioso corazón de saurio,
su piel de cueros con hedor a levadura,
a moho y a cieno...

En la tortuosa habitación
llena de murmuraciones
de las viudas, de las mujeres, de los adversarios,
había algo confuso tendido
en la mesa, siniestro,
como un enorme pan.

De vez en cuando, como en una sala de espera,
alguien iba y venía, sin siquiera mover la cabeza.

Excúseme; yo, por ejemplo,
estoy aquí para decir, de una vez y por todas,
que él no era más que un fraude,
que nunca había estado en La Habana,
y además, que en Cuba no hay icebergs.
Todo ello no es más que un fraude,
pura invención.

Nadie conocía al orador. Era
un señor con sombrero, pequeño y regordete,
que respondía al nombre de K., o algo parecido,
que había estado en el negocio de galletería,
vendiendo cargamentos completos

de tostadas y bizcochos.

El viejo matón que se paseaba
escuchándonos, se detuvo bruscamente,
y metiendo los pulgares en su gastado dolmán rojo
galoneado en oro,
anunció solemnemente:
Quien roba a ladrón
tiene cien años de perdón.

¡Está bien, está bien! Algunos de nosotros reímos,
aunque no estábamos para chistes.
¿Perdón? ¡Nunca! El verdadero profeta,
santurrón como siempre, entornando los ojos,
tomó ávidamente la palabra.
¡Yo soy el verdadero poeta! ¡Yo!
(¡Nada menos que él! ¡Ese fracasado!)
Yo soy el verdadero profeta, ¡cuidado!

Se hundió en una especie
de envidia, celos, temor.
Se sabía que moriría pronto
al leerlo en sus ojos color perla de drogado.
Se atascó en su discurso, se atragantó,
y el fogonero lo golpeó en la espalda.

Una mujer apareció con un vestido anticuado,
una rusa, a juzgar por su nombre.
Lloraba. Uno de nosotros le tendió la mano
y la ayudó a pasar por encima del tablón
que había frente a la puerta. Bajo los pies
el agua fangosa borboteaba.
Era muy joven, la más sagaz de las viudas,
y sus ojos resplandecían como cerezas húmedas.

No, no estoy equivocado.

Él era un fósil, un monstruo
flácido y lloroso,
parecido a una de esas ballenas
a las que exhibían
en las ferias rurales, en una carpa
con tufo de antisépticos y podredumbre.
Yo lo amaba. Yo le eché el mal de ojo.
Le di por muerto
y con el silencio maté su memoria.

Ahora que tenemos nuestra paz, ¿qué vamos a hacer?
¿No es agradable y bello
sentarse aquí junto al arroyuelo?
No. ¿Sería mejor marcharnos?
No. ¿Continuar como estamos? Eso nunca.

El desertor que desde el principio
había querido que le impidiéramos hablar
gemía en su sueño.
La mujer que era su enemiga
y la que era su amiga
se abrazaban, se aseaban, reposaban.
El gato todavía estaba allí.

Algunos estaban mareados. Otros lloraban
y hacían el amor en la oscuridad.
A veces comíamos. Muchos se cansaban.
Nos sujetábamos bien. Amigo o enemigo,
todo era igual ahora.
Nadie preguntaba la hora.

Era una noche hermosa,
como las que sólo el trópico puede brindar.
Descansábamos en nuestras hamacas
y cerrábamos los ojos.
El agua nos mojaba los tobillos.

Éramos los que quedábamos,
continuamos respirando.
Habíamos llegado aquí por casualidad.
Todos corríamos la misma suerte.

Canto XXXII

Más tarde, cuando el inmenso cuarto
se oscureció del todo,
nadie quedó
excepto el muerto y una desconocida.

Amiga y enemiga
se confundieron en otra persona.

Y la desconocida, escuchando su aliento apacible,
se inclinó sobre él entre las sombras
y, cerrando su boca con un beso,
se lo llevó muy lejos con su única boca.

Canto XXXIII

Calado hasta los huesos, diviso gentes con baúles chorreantes.
Los veo, de pie sobre un plano inclinado, recostados al viento.
Bajo una lluvia oblicua, borrosos, al borde del abismo.
No, no es un sexto sentido. Es el tiempo,
el mal tiempo el que los empalidece. Les advierto,
les grito, por ejemplo,
señoras y señores, andáis por mal camino, estáis al
borde del abismo.
Pero sólo me otorgan una débil sonrisa y responden altivos:
Gracias, lo sabemos.

Me pregunto si se trata de unas cuantas docenas de personas,
¿o está allí todo el género humano, sobre un barco
decrépito, digno de la chatarra, dedicado tan sólo
a una causa, el naufragio?
Lo ignoro. Yo chorreo y escucho. Es difícil
decir quiénes son estas gentes asidas a un baúl,
a un talismán de color puerro, a un dinosaurio, a una corona de laurel.

Les oigo reír y les grito palabras incomprensibles.
Aquel desconocido con la cabeza envuelta en periódicos mojados
supongo que sea K, un viajante vendedor de galletas;
de aquel barbudo no tengo la más ligera idea; el hombre del
pincel se llama Salomón P, la dama que estornuda sin cesar es de
[seguro Marilyn Monroe;
pero el hombre de blanco, el que sostiene un manuscrito
envuelto en una tela negra, encerada, seguramente es Dante.
Esas gentes rebosan esperanzas, están llenas de una energía criminal.
Bajo la lluvia a cántaros, se ponen a pasear sus dinosaurios,
abren y cierran sus maletas mientras cantan a coro:
«El trece de mayo el mundo se hundirá,
todo acabará, todo acabará.»
Es difícil decir quién se ríe, quién me observa, quién no,

en esta niebla, a no sé qué distancia del abismo.

Los veo hundirse poco a poco y les grito:

Veo cómo os hundís poco a poco.

Y no hay respuesta. En lejanos barcos, leves y corajudos, suenan las orquestas. Todo es tan lamentable; no me gusta mirar como mueren empapados en la lluvia y la niebla. Es tan penoso. Les podría gritar, les grito: «Pero nadie sabe en qué año acabará el mundo; ¿no es maravilloso?»

¿Pero adónde fueron los dinosaurios? ¿Y de dónde provienen aquellas miles y decenas de miles de maletas empapadas, flotando a la deriva, sobre las aguas?

Nado y gimo.

Todo, como de costumbre, gimo, todo bajo control, todo sigue su curso, todos, sin duda, se habrán ahogado en la lluvia sesgada, es una pena, ¿y qué?, ¿por qué gemir? Lo raro, lo difícil de explicar, es: ¿por qué sollozo y sigo nadando?

La Habana 1969 – Berlín 1977

¹ A partir de *Deep Down in the Jungle. Negro Narrative Folklore from the Streets of Philadelphia*. Roger D. Abrahams (ed.), Chicago, 1970.

Edición en formato digital: diciembre de 2014

© Suhrkamp Verlag, 1978

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3555-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es